ELIEZER Y NEFTALI.

POEMA

EN CUATRO CANTOS,

TRADUCIDO

DE LAS

OBRAS POSTUMAS

DE

Mr. Florian.

Edicion de la "Voz de México."

MEXICO.

Imprenta de la "Voz de México," Escalerillas número 21.

1875.

05-27026

A LA SRA. D. M. T. G. A. P.

La traduccion de un poema como el de Eliezer y Nefalí, que fuera de los sentimientos más vivos de humanidad y amor paternal, manifiesta los corazones de dos hermanos, tan unidos por los vínculos de la sangre como por la amistad más pura, debe dedicarse á quien por su sensibilidad y principios pueda conocer el mérito de union tan íntima. A V., que siguiendo su natural inclinacion y los estímulos de su buena crianza, ama tanto á sus hermanos, y sin prescindir del respeto en que su edad la constituye, sabe conciliar los medios de merecerles igual cariño, corresponde su dedicatoria: permítame V. que yo tenga el gusto de presentársela confiado en que la admitirá como una prueba del justo aprecio que merece, y de la sincera amistad que le profesa

Josef Bouillé.

ADVERTENCIA.

El interes que siempre inspiran las obras que á su poco volúmen agregan, mezcladas con buenas máximas de moral, narraciones que instruyen y divierten, y la indulgencia con que el público las acoge, me ha determinado á traducir el siguiente Poema y el prólogo, no ménos interesante, que le precede; más convencido de la utilidad que se puede sacar de su lectura, que del acierto en la version. Si he atinado en mi proyecto, quedará justamente recompensado mi esmero, con que se conserve, entre otros, en nuestro idioma uno de los trabajos literarios del célebre Florian.

PROLOGO

DE MR. FLORIAN.

Hace algunos años que viajando por el antiguo Condado de Aviñon, al pasar cerca de la pequeña ciudad de Isla, quise ver la fuente de Valclusa. Al volver de este parage célebre, descubrí, como á las diez de la mañana, sentados en la verde yerba, y á la sombra de dos morales que estaban á la orilla del rio Sorgue, dos jóvenes de diferente sexo. Sus trajes sencillos ni manifestaban grandes riquezas, ni tampoco denotaban indigencia. El jóven, sin ser hermoso, tenia un semblante agradable, que prevenia en su favor. La mujer era alta, de buena presencia, é interesaba más por su fisonomía

particular. Su cara redonda, y unos grandes y hermosos ojos negros, daban indicios de des gracias al mismo tiempo que de grandeza: me detuve con gusto á observarla, y reparé que escuchaba con mucha atencion la lectura de un manucristo que el jóven que la acompañaba tenia en sus manos. Llevado de mi curiosidad me acerqué cuanto pude, sin que me vieran, y no tardé en cerciorarme que lo que leian no estaba escrito en frances. Ambos se complacian en la lectura, interrumpiéndola algunas veces para hablarse en el mismo idioma que el del manuscrito, y para mirarse con ternura; teniendo, á mi parecer, los ojos bañados en lágrimas.

A pesar de que no entendia una sola palabra de lo que hablaban, les hubiera estado mucho tiempo oyendo, si la jóven no me hubiera visto y hecho señas á su compañero para irse. Yo soy, les dije entónces, el que debo retirarme, ya que mi presencia os incomoda: soy un extranjero; vengo de Valclusa; y habia perdido el camino (cuando os ví ocupados en leer en este hermoso sitio, donde tal vez Petrarca leyó sus versos á la hermosa Laura), razon por la que tomé la resolucion de venir á preguntaros cuál es el de Isla.

A estas palabras, que hicieron mudar de co-

lor á la hermosa jóven, me respondió su compañero en frances, señalándome el que debia tomar: aprovechando esta ocasion, le pregunté si pensaban ir al mismo parage á donde yo me dirigia; y respondiéndome que sí, le supliqué que me permitiese el acompañarlos: peticion á que no pudo negarse; y emprendimos juntos el camino.

Nos quedaba, segun las noticias que me dieron, cerca de media legua para llegar á la ciudad: y así tuve tiempo para meditar algunas preguntas y arriesgarme á hacerlas. La jóven, sin entrar en contestacion alguna, iba con los ojos bajos, asida al brazo de su compañero, quien más confiado, me daba á entender que mi conversacion no le fastidiaba; á esta (valiéndome de rodeos) la hice recaer sobre el manuscrito que les ví leyendo, preguntándolo en qué lengua estaba.—En la mia, me dijo, soy Hebreo. —Sois, le respondí, de una nacion bastante antigua y célebre.—La celebridad y antigüedad de mi nacion parece que exigian de las demás muchas consideraciones á que somos acreedores; pero todas las perdonariamos con tal de que se nos tolerase seguir entre ellas nuestra religion y culto.—Sin mezclarme en disculpar ni las crueldades de vuestros enemigos, ni tam-

poco ultrajar vuestra nacion, permitid que os diga que siempre ha sido intolerante, que ha hecho derramar mucha sangre, y que no hay página en vuestra historia en que no sea preciso acordarse de que es una historia divina para no dejarla, y fastidiarse de tantas muertes como en ella se refieren.

Ignoro, me respondió el incógnito, si vuestras historias de los otros pueblos europeos presentan ó no tambien desatres tan grandes; pero lo que puedo aseguraros es que si hubiereis leido las de nuestros vecinos, los Sirios, los Fenicios, los Idumeos, las encontrariais tan sangrientas como la nuestra. No permita Dios que yo intente con esta comparacion disminuir su horror; pues solo es mi ánimo instruiros que los numerosos pueblos del Asia, principalmente aquellos que habitan hácia los ardientes desiertos del mar Rojo, parecen más destructores que los demas; aunque, si francamente he de decir mi opinion, no sé en esto de barbarie á quién dar la preferencia. Ni nosotros somos mejores que nuestros hermanos los Arabes, ni ellos peores que nosotros: la única diferencia que hay entre nosotros es que sus acciones son más desconocidas que las nuestras. Vuestros filósofos (á quienes por decontado respeto) han hablado mucho de

BIBLI[illegible]NAL
MEXICO

nuestras crueldades; sus obras se han esparcido bastante, y así generalmente se dice que nuestros anales están cubiertos de sangre; pero al mismo tiempo debian, para cumplir con la verdad, haber dicho que en estos mismos, que ellos llaman sangrientos, se encuentran los mayores rasgos de humanidad y de justicia.

Sí, le contesté: vuestra historia de Josef es una obra clásica, que tiene muy buena moral, dulzura é interés.

¿Pensais que es la única digna de elogio? me me dijo la hermosa judía, que hasta entónces habia guardado un profundo silencio. Yo quiero que examinemos entre los dos nuestras obras como si no fuesen sagradas. ¿No encontrais cosas interesantes, en los pormenores de las costumbres patriarcales, tan bien descritas en el Génesis? ¿No os complaceis en leer la hospitalidad de Abraham, el matrimonio de Rebeca, el encuentro de Jacob y Raquel cerca de los pozos, los siete años de esclavitud á que se sometió voluntariamente para obtener á la que amaba, y los segundos siete años, que empezó despues de nuevo para merecerla aun más? La historia de Job, de Rut, de Jonatás, y de Tobias, ¿están por casualidad desnudas de interés? ¿No conoceis los rasgos de elocuencia que hay en los cánticos de

Moysés, de Débora, de David, de Salomon, en nuestros Salmos y en nuestros Profetas! Comparad la Biblia con el Alcoran, con el Sadder, con el Zen-Avesta, cuya lectura es insoportable; y sed á lo ménos de la opinion de los Padres de vuestra Iglesia, y de vuestros escritores más célebres, quienes, á pesar del aborrecimiento que nos tienen, no se desdeñan de admirar nuestros libros.

Pero sin meterme á disputar su mérito, dignaos de traer á la memoria nuestras leyes. Abrid nuestro código, único tal vez que se ha observado por espacio de tres mil años, y en cada hoja hallareis principios de humanidad. No me entretendré en hablar de nuestro Decálogo, el mejor y mas antiguo monumento de moral universal; yo no quiero citar de nuestras leyes sino pasages ménos conocidos. "Protejed, nos dice Moysés, y amad á los desgraciados y á los extranjeros, acordandoos que de vosotros mismos lo habeis sido en Egipto. Cuando segueis vuestros campos, ó vendimieis vuestras viñas, dejad siempre algun fruto en la tierra, para que vuestros hermanos, que no tengan mieses, ni cepas, encuentren que segar y vendimiar. Cada siete años dejad uno vuestras cosechas para que se utilicen los pobres de ellas. Conceded tambien

cada siete la libertad á vuestros esclavos, amadlos y cuidadlos; pues tambien vosotros antiguamente lo habeis sido. Honrad á los viejos y respetad las canas. Aun cuando entreis en país enemigo, no lo devasteis, ni corteis los árboles que contribuyen al sustento de los hombres. Tenga como una obligacion de dar limosna el que no encuentre una particular satisfaccion en hacerlo. Que jamas pueda el homicida rescatar con dinero la sangre que ha vertido. Que la justicia sea igual para todos, sin distincion de condiciones. Que la piedad sea un sentimiento tan habitual en vuestros corazones, que cuando un israelita coja un nido de pájaros, se crea en la obligacion, á lo ménos, de dar libertad á la madre.''

¿Podreis decirme que estas leyes, dictadas por Moysés, y que yo repito al pié de la letra, son bárbaras? Decidme, pues, ¿cuándo las observamos nosotros? Cuando todos vuestros pueblos en Europa no conocian ni remotamente la civilizacion; cuando la Medea y la Persia apénas la tenian, y cuando en Egipto era donde únicamente habia algunos hombres que supiesen leer. En esta época ya teniamos nosotros un gobierno, que por su sencillez merece todavia el renombre de sábio; un pueblo dividido en tribus, que formaban entre sí una sola familia, en el que cada

tributenia su consejo, que decidia sobre sus intereses; un senado compuesto de ancianos escogidos entre estos consejos, para tratar en nombre de la nacion los intereses de esta; un juez supremo, que el pueblo elegia cuando el estado estaba en riesgo; on cuerpo de sacerdotes, pagados por este mismo pueblo, y que nada podian poseer; á Dios solo por Rey; á la Ley por directora, y á todo Israel por soldados. Esta fué nuestra república por espacio de cuatrocientos años. Quisimos tener Reyes, y algunos reinaron con bastante gloria; el nombre más célebre y más venerado en todo Oriente, aun en el dia, es el de uno de ellos. Nuestra antigua capital es siempre considerada, aun por nuestros mismos opresores, como una ciudad sagrada. Nuestros libros de aquel tiempo están en las mejores de vuestras bibliotecas. ¿Cuál es, pues, el pueblo, cuyas leyes, cuyas obras, cuyo nombre ha sobrevivido tanto tiempo á su destruccion y á su ruina? Vencidos y dispersados por los Asirios, y establecidos en sus vastos estados, en donde nuestra industria nos hizo ricos y poderosos, abandonamos dos veces nuestros establecimientos, nuestras riquezas, y las delicias de la abundancia, para volver á habitar las ruinas de nuestra antigua Jerusalen. ¡Ah! si el amor á la patria es la princi-

pal de las virtudes, ¿quién lo ha poseido más que nosotros? ¿Hay nacion que pueda citar una época tan gloriosa como la en que Nehemias con Esdras nos trajeron desde las extremidades de Persia, y que, á pesar de nuestros celosos vecinos, con la espada en una mano y la llana en la otra, reedificamos nuestras murallas, y volvimos á erigir nuestros altares? Desde esta época hasta el tiempo de Tito, no hemos dejado de combatir por nuestra independencia y nuestra libertad. Nuestros esfuerzos han sido algunas veces felices; y yo dudo que entre los Griegos y los Romanos se hallen héroes más grandes ni más perfectos que lo que fueron nuestros Macabeos.

Yo escuchaba con respetuosa atencion á la hermosa judia, cuya elocuencia animaba su hermosura y agitacion; y luego que concluyó su narracion la dije: no es, señora, un Amalecita el que os habla; pero, no obstante, aunque conozco la verdad de lo que acabais de decir, permitidme que os diga que es muy posible que desde que os veis dispersos, no se hayan los de vuestra nacion manejado de un modo capaz de granjearse la benevolencia de las demás.

Las demás naciones, me replicó fijando en mí sus hermosos ojos, no deberian por su mismo honor traer á la memoria los procederes que

han tenido con los desgraciados judios (1) Despues que Jerusalen fué tomada por el célebre Tito, á quien con justo motivo dieron el sobrenombre de *delicias del género humano*, no obstante que cometió espantosas crueldades; despues, digo, del horrible estado en que los romanos dejaron la Judea, la imaginacion más viva no alcanzará á pensar los males que ha sufrido nuestro pueblo. Adriano, en especial, Adriano, cuyo nombre no está desnudo de gloria, hizo con nosotros las mayores crueldades: sus sucesores nos persiguieron como á Cristianos, y luego que Roma fué Cristiana, sus Emperadores nos persiguieron tambien como á judíos: los Reyes que se erigieron en las ruinas del Imperio, tampoco se descuidaron en hacer derramar nuestra sangre; pero aunque nos hemos visto tan perseguidos en todas partes, y en todas hemos sido víctimas, no hemos abandona-

---

(1) En estas persecuciones deben ver los judíos una prueba terminante de la venganza divina, por haber condenado al Redentor y no haberse aprovechado de la redencion, como lo demuestran los apologistas de la Religion.

do nuestra religion, único motivo de nuestras calamidades.

Al mismo tiempo que iba á rebatir las imputaciones que esta israelita hacia á los cristianos, y á demostrarle que las persecuciones que han sufrido han sido muy justas, llegamos á las puertas de la ciudad. Luego que el jóven hebreo conoció que buscaba con mi vista donde hospedarme, me dijo: "Mi mujer Ester, á quien acabais de oir defender la causa de su nacion con algun calor, no se ha acordado de deciros que entre las virtudes que procuramos seguir, la hospitalidad es una de las primeras: nosotros nos tendriamos por felices si nos permitieseis ejercitarla hoy con vos: y así dignaos entrar en nuestra pobre casa, y acompañarnos á comer, pues procuraremos daros algo más que panes ázimos: cuyo convite admití despues de haber dado gracias al hebreo.

Su casa estaba inmediata; era pequeña, aseada, y recien hecha sobre la muralla, cuyos coposos árboles la daban sombra. Al examinarla noté que una de las paredes de los costados tenia un pedazo caido; y admirándome, pregunté á Mr. Jonatás, que así se llamaba el marido de Madama Ester, por qué en una casa tan nueva se habia dejado un pedazo arruinado; á lo

que contestó que era una costumbre entre los de su nacion; pues desde de la destruccion del templo, la mansion de todo judio debia siempre, por algun lado, recordar la de la Casa Santa. Si entendieseis nuestra lengua, me dijo, leeriais en aquella pared arruinada, estas palabras, sacadas del mejor de nuestros Salmos: *Antes me olvide yo de mí mismo, que te olvide, ¡Oh Jerusalem!*

Entramos despues en casa de Mr. Jonatás; todo el adorno de esta era sencillo y aseado: no habia pinturas ni esculturas; pero un papel de buen gusto vestia las paredes, y las sillas eran de tafilete y maderas de color. Jonatás tenia seis hijos, cuatro varones y dos hembras, de los cuales el mayor tenia ocho años. Todos vinieron á abrazar á Madama Ester, y ponerse de rodillas delante de su padre, quien los bendijo, los besó, y los despidió para que fuesen á jugar al jardin. Os sorprenderán, me dijo, estás señales exteriores de respeto filial, tal vez excesivas á vuestro parececer; pero nosotros hemos creido siempre que en nuestra nacion convenia mucho el conservarlas; pues como nuestras leyes restringen tanto la autoridad paterna, es menester que miéntras esta es más limitada por las leyes, se amplié por nuestras costumbres.

Miéntras que me decia esto, dos criadas católicas, que componian toda su familia, pusieron la mesa y prepararon la comida. Madama Ester entraba y salia con frecuencia para cuidar, segun yo reparé, de que en ella se guardasen todos los preceptos de la ley Mosaica, como son que no se sirva conejo, cerdo, ni liebre, manteca de vaca, ni cordero, leche y carnes en una misma comida; que se maten siempre los animales que se puedan comer de modo que no quede gota de sangre; en fin, que se observasen otra porcion de cosas, por las que los cocineros tienen que consultar un formulario.

El temor de que viniese de repente Madama Ester me hizo no decir mi modo de pensar á Mr. Jonatás sobre todas estas cosas; y lo acerté, pues no tardó en volver con sus hijos. Dispuesta la comida, todos se lavaron las manos; Jonatás recitó un Salmo, despues tomó un pan entero, lo bendijo al tiempo de partirlo y nos ofreció á todos; concluidas estas ceremonias volví á entablar la conversacion, preguntándole á qué número ascendian los hebreos que estaban en la actualidad dispersos en la redondez del globo. Este cálculo, me respondió, no es fácil el hacerlo; pues si apénas puede sacarse la cuenta exacta de los habitantes de un solo imperio,

cuanto más difícil debe ser enumerar los individuos de un pueblo que está esparcido en las cuatro partes del mundo, y que casi en todas viven escondidos; pero esto no obstante, si se añade al gran número de judíos que hay establecidos en Europa los que viven en el Asia desde Constantinopla hasta Pekin, que son muchísimos, los que habitan en las costas del Africa y en algunas partes de América, creo casi como cierto que pasarán de cinco millones de individuos. Tal vez esta cuenta os parecerá exajerada; pero cesaria vuestra admiracion si conociéseis nuestras costumbres y nuestras leyes: estas nos prescriben el matrimonio aun ántes de cumplir veinte años: á todo hebreo que á esta edad no elige una mujer, se le mira como si viviese encenagado en el crímen. A nuestros harmanos del Oriente les es permitida la poligamía, y en todas partes nos lo es el divorcio; esta es una de las razones porque nuestra poblacion es tan numerosa; á esto contribuye y no poco, el que nosotros naturalmente somos sóbrios, laboriosos, moderados; que nadie guarda tanto la fé del matrimonio como los hebreos; que jamás somos soldados, y que tal vez somos los únicos que en Europa se ven libres de dos males, que contribuyen mucho á la destruccion

de la especie humana, como son la guerra y la disolucion.

Si no hubiera estas causas tan poderosas para el prodigioso aumento de nuestra poblacion, con las persecuciones que hemos sufrido en todas partes, y despues de tantos judíos como han sido víctimas de estas, la raza se hubiera acabeda ya. Estas mismas persecuciones, que han disminuido tanto el número de nuestros hermanos, han contribuido á que entre nosotros haya mas union. Cuando estabamos en nuestra Palestina, mandados por nuestros Reyes y nuestros grandes Sacerdotes, nos perjudicabamos unos á otros, no observábamos nuestra ley, y edificabamos templos á los idolos; pero despues que no tenemos ni Sacerdotes ni templo, despues que es menester exponerse á morir para obedecer á nuestro Dios, le somos mucho más fieles, y nos acordamos con más frecuencia de que él nos manda que nos amémos. ¡Ah! Este es el único consuelo que disfrutamos en el dia

Extranjeros en todos los países, inhábiles para los empleos, sin podernos mezclar en asuntos políticos, la única ambicion que podemos tener, y el solo placer que nos queda, es el ser buenos esposos, buenos padres, y sustituir en nuestra felicidad doméstica todas las demas á que ántes

aspirábamos, para minorar de este modo la pena que trae consigo el general desamparo en que vivimos. Uno de mis moyores consuelos es el obedecer, con cuanto zelo puedo, el precepto de la limosna. En algunas ciudades populosas de Europa se ven muchos pobres; pero jamas á un hebreo se le encuentra pidiendo limosna; pues en cualquier paraje donde nos reunimos á vivir, juntamos un fondo ó bolsa comun, que sirve para socorrer á nuestros hermanos indigentes.

Las leyes de todos los países nos prohiben tener bienes raices, y no obstante esto somos bastante ricos; siendo el orígen de nuestros caudales, no la usura, como muchos dicen, sino la actividad, el amor al trabajo, la necesidad de mantenerse con ménos bienes que los demas, y el conocimiento particular del comercio, que es como adherente á todo hebreo: este conocimiento fué el que en tiempos todavía de barbarie nos hizo inventar las letras de cambio, y nos hizo los factores de todo el universo, en que estabamos dispersos, y contribuyó más de lo que se cree á formar los primeros lazos, que despues han unido entre sí á todas las naciones de Europa; y así en cierto modo debemos nuestras riquezas á la opresion que hemos padecido, así como de-

bemos á esta misma, en mucha parte, nuestra poblacion y amor fraternal.

Pero no obstante todas vuestras quejas, le reconvine, las persecuciones que tanto declamais han calmado infinito, y no faltan países en que gozais todos los privilegios de ciudadanos. Nos dejan vivir, me respondió, con bastante tranquilidad en Polonia y en algunos cantones de Italia; en Iglaterra, y sobre todo en Holanda, somos aun más que tolerados. Profesamos publicamente nuestro culto, tenemos sinagogas, en las que nuestros rabinos (que son los Doctores de la ley) nos exhortan á las virtudes y á la pureza; reprenden á los que no guardan el sábado, casan, sentencian los divorcios; y, en una palabra, esplican la ley; esplicacion que no solo pide un profundo conocimiento de los libros de Moyses, sino tambien del *Talmud*, obra que veneramos mucho, por es la recopilacion de todas opiniones y las tradiciones que componen nuestra *ley oral.* (1) Nosotros tenemos por sábios á los que hacen un particular estudio de este

---

(1) Los escritores que hablan de esta produccion monstruosa, ponen una larga lista de errores y supersticiones vergonzosas que hay en ella.

Talmud, que en realidad no es otra cosa que el código civil y canónico de los hebreos. No me toca hablar delante de un cristiano del mérito de esta ciencia; por desgracia es la única que tenemos, no obstante que hay algunos autores que se han aplicado á la Astronomia, á la Gramática, y á la Medicina: otros no se han dedicado á otra cosa que á la controversia. Nueatra literatura puede decirse que casi es ninguna, por lo que no satisfasia vuestro buen gusto una biblioteca hebrayca.

A pesar de todo esto hemos teuido academias célebres, y aun tenemos escuelas en los parajes en que se nos permite tener sinagogas. En los que no se toleran estas, nos reunimos en una sala, cuyo alquiler pagamos en comun: en esta no hay otros muebles que algunos bancos, una mesa y un armario colocado al lado del Oriente. Este, que sirve pasa representarnos tan pobremente la famosa arca guarnecida de planchas de oro, encierra los cinco libros de Moysés, manuscritos en pergamino, con tinta hecha á propósito. Estos no están encuardernados como los demas libros, cinco copiados en pergaminos enteros; cosidos de un estremo á otro, no con hilo, sino con nervios de un animal puro; se enrollan en dos palos, y el lio se crubre con un rico velo,

bordado por los maestros más hábiles del oficio. En nuestras juntas se subasta el honor de ser el portador de este volumen; desde el armario en que se encierra hasta la mesa en que se pone para leer algunos pasajes de él; y lo que produce este arbitrio se destina á beneficio de los pobres. Los hombres sentados en los bancos, y las mujeres en una galería con celosias, asisten á la lectura, y cantan nuestros Salmos hebreos. Esto es lo que conservamos del famoso templo de Salomon.

¿De este modo le pregunté, celebrais vuestras fiestas?—Nuestras fiestas, me contestó, no podrán celebrarse jamas sino en Jerusalen; pero hacemos un bosquejo de ellas siguiendo nuestro almanaque, que tenemos cuidado de renovar todos los años. Ademas del sábado, son numerosas nuestras solemnidades; todas tienen relacion con las grandes épocas de nuestra historia; tales como el *Purim* por la libertad de los judíos por Ester; el *Hanucca*, por las victorias de los macabeos; y otras muchas, entre las que no dudo os llamaria con particularidad la atencion el *Quipour*, ó la expiacion, que se hace en memoria del dia en que Moysés, despues de haber obtenido el perdon por la idolatria del becerro de oro, bajó de las montañas con las ultimas tablas de la ley. Este dia guardamos el ayuno

más austero; vamos á la sinagoga desde la aurora, para no salir de ella hasta la noche, vestidos de luto, con los cabellos y barba desordenados. Allí exclamamos todos: *¡Oh Dios nuestro! misericordia: hemos pecado: hemos hecho mal: somos justamente castigados: misericordia, Dios de bondad.* Todos confiesan lo que creen que deben reprocharse, y todos piden misericordia al Señor y á sus hermanos. En este dia se olvidan las discordias, se perdonan las quejas antiguas y las injurias de las que cada uno se acusa con un vivo arrepentimiento, y todos se abrazan sin poder contener las lágrimas. El espectáculo que presenta una multitud de hombres que lloran al mismo tiempo sus faltas, y piden con fervor volver al camino de la virtud, solo se ve entre nosotros; y si lo presenciaseis, no dudo que al mismo tiempo que sorpresa os causaria compasion.

Perdonadme que me haya detenido tanto en esta conversacion; pues os he dado tal vez más noticias de los judíos que las que queriais tener; pero me habeis parecido demasiado condescendiente, y lo último que se piensa cuando se habla con gentes de buena índole es el que se les puede incomodar.

Respondí á Mr. Jonatás, que no me habia mo-

lestado; y autorizado con la confianza que le merecí, le pregunté de qué trataba él manuscrito que le habia visto leer aquella misma mañana; á cuya pregunta tomó la palabra la hermosa Ester, diciéndome que era un poema que su padre le habia dejado al tiempo de morir, y que se conservaba en su familia más hacia de diez generaciones, pasando de una á otra: que se ignoraba quien fuese su autor; pero que su padre, que era un rabino muy instruido, creia que lo habia hecho un recabita, retirado á la otra parte del Jordan, en el tiempo en que la desgraciada Jerusalem, sitiada por los romanos, se veia víctima de las facciones interiores, á cuya opinion da mucha fuerza lo que dice el autor al principio del Poema, dirigiéndose á los hijos de Zelfa, esto es, á los de la tribu de Gad. Pero sea así ó no, nosotros lo leemos con frecuencia, porque hallamos en él una pintura de las virtudes que quisieramos practicar. No dudo que os interesase mucho si entendieseis el hebreo, y que además quedariais convencido de que hay libros de judíos, cuyas hojas no están teñidas en sangre.

Jonatás me dijo que estaba traduciéndolo al frances, y me ofreció darme á leer su traduccion luego que estuviese concluida; oferta que acepté

reconocido, y no tardé en despedirme de esta amable y honrada familia, de quien no me separé con indiferencia.

Tres años despues de este pasaje, recibí la traduccion del Poema hebreo con una carta de Jonatás, en que me decia que él y su mujer dejaban aquel país, agitado entónces de grandes turbulencias, para ir á establecerse al Cayro, dejando á mi arbitrio disponer de ella: luego que la ví me pareció que podia interesar á los pocos ociosos, que no se desdeñan de leer una obra que sea agradable y moral al mismo tiempo; y valiéndome de la licencia que me dió, corregí algunos yerros que tenia el frances lo mejor que me pareció, y me resolví á hacer imprimir su libro.

Si el público no lo admite favorablemente, Jonatás no lo sabrá; pero si merece buena acogida, se lo escribiré al Cayro.

ELIEZER Y NEFTALI,

POEMA.

CANTO PRIMERO.

Hijos de Zelfa, vosotros que llorais delante del Señor vuestras fatales discordias: vosotros que, solos en Israel, no habeis olvidado que formamos un pueblo de hermanos, reunios á mí. Venid, familia, ya por desgracia poco numerosa, venid al hermoso valle que rodean los montes de Gaoaad; allí á la sombra de los antiguos cedros, y apoyados sobre las rocas, que tambien sirvieron de apoyo á nuestros padres, hablaremos de su felicidad, y aun más que de esta de sus virtudes. Nos acordaremos de aquellos dichsos siglos en que las tribus reunidas

adoraban al Dios de los ejercitos, repartian entre sí los frutos de la tierra; y acostumbrados en el desierto á soportar los males crueles, que la naturaleza nos impone, sabian aliviarlos con la amistad, la concordia y la dulce fraternidad.

¡Ah! formemos en nuestra imaginacion una idea de aquellas costumbres, tan sencillas como puras é interesantes, para que los ancianos que me escuchan se llenen de gozo por haber nacido más cerca de esta feliz época; los jóvenes fomenten el deseo de imitar á sus abuelos, y los niños en el regazo de sus madres, alegrénse de oir unas narraciones, que aunque todavía no bien comprendidas, les deleiten.

En los dias que sucedieron á la muerte de Josué, Israel no tuvo jefe: las tribus, establecidas en las conquistas que habian hecho; y satisfechas con la porcion de tierra que se les habia asignado, no pensaban más que en gozar de los beneficios del Todopoderoso. La lanza y la espada victoriosas se habian convertido en instrumentos de labranza: el lijero caballo, que persiguió al enemigo en los campos de Gabaon, uncido, tiraba á paso lento del arado, y cada israelita en paz con su Dios, con sus hermanos y consigo mismo, descansaba tranquilamente á la sombra ó de su vid ó de su higuera.

El Arca Santa estaba en Silo; pero no se custodiaba en un magnífico templo, pues solo humilde techado de pieles era el asilo de Tabernáculo: rara vez la sangre de las becerrillas teñia el altar de los holocaustos: muy pocas el incienso del Tadmor se quemaba en el de los perfumes; pero no obstante, el respeto y la veneracion de todo un pueblo, la pureza de los Pontífices, el fervor de los votos que consagraban al Todopoderoso, le hacian esta mansion más apreciable que el soberbio edificio, tantas veces profanado en Sion.

Allí veiamos acudir á nuestras principales fiestas todas las tribus de Israel: allí los padres de familia seguidos de sus hijos venian á adorar al Señor, á celebrar la Pascua, y renovar el juramento de la divina alianza: las madres se enseñaban reciprocamente sus hijos y acariciándolos del mismo modo, se felicitaban unas á otras; y los esposos prescindian de todo para hablar de sus mujeres. Los ancianos proclamaban las leyes dadas por Moysés, y el clarin llamaba á su presencia á los débiles, á los huerfanos y á todos los que podian tener la menor queja ó del fraude ó de la violencia; pero nadie habia que tuviese motivo para hacerlo, y los ancianos alababan de nuevo al Señor

El nieto de Eliázar, el venerable Sadoc, ocupaba el lugar de Aron. A Sadoc lo amaba el Señor, porque amaba á sus semejantes, porque observaba con religioso zelo todos los preceptos de la ley, y pedia con fervor por los que no la guardaban. Hacia cuarenta años que Sadoc era Sumo Sacerdote, la viuda desconsolada, el hijo abandonado, y todos los desgraciados de Israel, hallaban en él un padre, un apoyo; y cuando los que imploraban su socorro, reanimados por sus cuidados ó sus palabras, besaban sus manos regándolas con lágrimas, admiraban su bondad. Dios solo les decia entónces, es el bueno, y el bien que acabais de recibir, él es quien os lo ha hecho.

Sadoc era viudo; pero le habian quedado dos hijos gemelos, que eran Eliezer y Neftalí; los que sin tener mas que diez y nueve años, eran el ejemplo y el objeto de todo Israel. Hermosos, sábios como Josef, y amables como Benjamin, cuando acompañaban con sus vertiduras blancas al Sumo Sacerdote, y le presentaban en el altar ó los ázimos ó el incienso, el pueblo que veia juntos al padre y los hijos, se figuraba ver á Abraham en medio de ángeles; y cuando al ponerse el sol, paseándose al rededor de la ciudad, se complacian en levantar las pesadas losas que

cubrian las cisternas, para que bebiesen los rebaños de las jóvenes pastoras que se retiraban del campo, estas mismas, al saludarlos, no podian ménos de avergonzarse: y todas pensativas, luego que por la noche estaban en compañía de sus madres, instaban á estas que les contasen el cómo Jacob eligió por esposa á aquella á cuyo rebaño dió de beber.

Eliezer y Neftalí desconocian todavía en esta edad lo que era amor; y lo único que alimentaban sus almas puras era la tierna y sincera amistad. Esta amistad tan dulce y tan necesaria, como la existencia, no tuvo para ellos, digamoslo así, principio; pues siempre la habian tenido sin haber pensado en ella, y así la disfrutaban como la vida. Sus corazones estaban de tal modo unidos, que no hubieran podido, sin un exámen tan penoso como prolijo, aclarar cual de los dos era el primero en pensar las cosas. Juntos desde el amanecer, la aurora del dia siguiente los sorprendia del mismo modo, sin que para esto se hubiesen estado buscando. El nombre de hermanos, tan amados para ellos, nada aumentaba á los que tenian. Eliezer y sin Neftalí, Neftalí sin Eliezer no podian vivir.

Algunas cosas, no obstante, sin percibirlo ellos, distinguieron el carácter de cada uno.

Eliezer, aunque tan amante y tan sensible como Neftalí, tenia el suyo más sério y grave. La meditacion, el rezo llamaban su atencion. Eliezer se complacia en las ocupaciones de los viejos, en el estudio de los libros sagrados, y en las ceremonias religiosas. Su talento, formado muy pronto, amaba la paz y la refleccion; su alma piadosa y tranquila tenia necesidad de recogimiento. Neftalí, más impetuoso, aunque tan puro como su hermano, amaba como este la virtud, pero sin contemplar tanto sus bellezas. Su corazon, abierto á las pasiones, anhelaba por las penas que estas ocasionan; y así el padecer le era más llevadero que privarse del objeto que llamaba su atencion. La prudencia de Eliezer templaba el ardor de su hermano, y la sensibilidad de Neftalí hacia mas indulgente á Eliezer; y así, aunque tenian diverso carácter, cedian uno y otro de sus ideas sin repugnancia, y ceda uno gozaba del objeto á que aspiraban ambos. ¡Oh dulce privilegio de la amistad, que no solamente sabe duplicar los placeres, sino aun las virtudes!

Neftalí, muy ejercitado en los juegos guerreros de los hebreos, cazaba con sus flechas los pájaros al vuelo, y nadie en Efrain le disputaba el premio por su fuerza y su destreza. Le gus

saba mucho vestirse con la piel de un leopardo, ciñéndola á la cintura con un tejido de cañamo y sin llevar mas provisiones que un solo vaso de leche; con el arco en la mano y el carcax á la espalda, internarse en el desierto, donde perseguia al ciervo, á la gacela, atacaba al terrible leon, y volvia á su casa con los despojos de la victoria. Eliezer, ménos fuerte y no tan diestro, no le llamaba la caza la atencion como á Neftalí; pero no obstante lo acompañaba en sus cacerias, y tenia un particular gusto en estar á su inmediacion: así como cuando Eliezer iba á su vez á orar al Tabernáculo hasta que salia la estrella de la noche, Neftalí oraba con él sin separarse ni pensar en la caza porque estaba acompañando á su hermmano.

Un dia que los dos, acompañados de sus jóvenes amigos recorrian los ardientes pedregales de Remmon, Neftalí, engolfado en la persecucion de una pantera, se aleja de Eliezer, deja á sus compañeros bastante distantes, se extravia, y se interna en parages que no conoce: empeñado en seguir al animal, que huye herido, se pierde más y más, y no encuentra despues sus mismas huellas para ir en busca de su hermano: pesaroso, no tanto por el riesgo en que se halla, cuanto por la inquietud en que estaria Eliezer,

acelera el paso, atraviesa arroyos secos, sube á la cima de los montes, sin conseguir otra cosa más que ver objetos que lo confundian de nuevo. El eco de sus gritos se pierde en el aire; el ardiente sol lo deslumbra y consume con sus rayos: nada ven á su inmediacion sus fatigados ojos más que piedras desnudas, y sobre su cabeza un círculo de fuego. Las horas se le pasan en esta triste posicion, el calor aumenta, y Neftalí se siente acometido de una sed cruel, que por sí sola es capaz en estos climas de ocasionar una muerte repentina.

Cansado ya en extremo, casi sin fuerzas, y apoyado en su arco, intenta levantar la cabeza; pero sus párpados no pueden resistir abiertos los rayos del sol. La sed se le aumenta por instantes, lo devora, lo acaba; y en tan dolorosa situacion acude al vaso de leche, que siempre llevaba consigo, como á único remedio que puede conservarle la vida.

Va á llevarlo á los lábios, cuando al mismo tiempo oye a su espalda gritos mal pronunciados, y al momento ve llegarse á él una jóven israelita con los brazos levantados, desordenado el cabello, y parte de él entre su velo, la que poniéndose de rodillas esclama: ¡Yo espiro! ¡yo

espiro!.... ¡Dadme agua!.... Por piedad ¡dadme agua!

Aún no habia esta infeliz acabado de pedirla, cuando ya tenia el vaso en la boca: bebe con ansia sin levantarse ni quitar la vista del licor que la reanima. Neftalí en pié contempla sus facciones, sus gracias, sus interesantes ojos adornados de hermosas cejas negras, y su frente más blanca que el alabastro, con la que contrastaba muy bien su negro cabello y el precioso color de sus mejillas.

Todos los males que ántes de este momento oprimian á Neftalí, le parece que cesan con solo mirar á la israelita, y siente un secreto encanto mezclado de una conmocion tan fuerte como agradable. El atractivo del nuevo objeto que le ocupa su alma, hace desvanecer todos sus pensamientos, y absorve todas sus facultades: creyéndose feliz solo por haber salvado la vida á aquella hermosa desconocida, se olvida de sí mismo; solo cuida de ella, no piensa en lo que ántes le atormentaba; é imitando al paralítico, á quien un peligro inminente le hace correr, no se acuerda de sus penas con el objeto que tiene delante.

Despues que la hermosa israelita agotó el vaso, recobró su aliento y dirigió sus miradas llenas de gracia al jóven hebreo: no tardó en le-

vantarse, y le dijo: ¡Oh mi bienhechor! sabed cuánto os debo: esta mañana pastaba las ovejas de mi padre en las praderas que hay al pié de las montañas, cuando de repente descubrí una tropa de hombres armados, y conocí eran los crueles Moabitas. Me escapé é interné en estas escarpadas rocas, donde estoy errante desde la aurora sin haber tomado el menor alimento ni bebido una gota de agua para recobrar mis perdidas fuerzas. Vos sois á quien debo la vida ¡Ah! venid, venid, os ruego, en casa de mi padre, en donde inmolaremos un cordero; convidaremos á toda la familia, y todos os darán el mismo título que ya os da mi corazon. Voy á llevaros: venid, á lo ménos, si no para gozar del beneficio que me habeis hecho, para que disfrutemos nosotros del reconocimiento que os debemos. Dicho esto, Neftalí que la mira y escucha con atencion, vuelve á verse atacado de la sed devoradora que ántes le consumia: quiere responder, pero sus fauces secas en extremo, y su lengua pegada al paladar se lo impiden: á este tiempo el velo de la incógnita israelita, mal sugeto en su cabeza, se desprende y cae á sus piés: Neftalí se baja á levantarlo; lo toma con su mano trémula; pierde la firmeza; cae, y queda tendido sin voz ni movimiento.

La israelita, llena de espanto y sorprendida, lo mira con cuidado; conoce que es víctima del mismo mal que hacia pocos instantes le habia puesto á las puertas del sepulcro, y que ella es la verdadera causa de la de Neftalí.... Prorumpe en gritos de dolor; pero conociendo que donde únicamente podria encontrar con qué socorrer á su libertador era en casa de su padre, corre á buscarlo con la ligereza de un gamo.

En este intermedio el cuidadoso Eliezer recorria, buscando á su hermano, todas aquellas cercanías. Sus compañeros, dispersos por su órden, lo buscan en todas las cavernas. Eliezer, desde lo más alto de los montes, esparce á lo léjos sus miradas; y con una voz llena de dolor interrumpia las plegarias que hacia al Señor, para decir: Neftalí, mi amado Neftalí.... Pero en vano escuchaba con atencion para oir si le respondian: fuera de sí, con los brazos levantados al cielo, esperaba que el Todopoderoso oyese favorablemente sus súplicas; pero el eco de los montes únicamente le repetia: *Neftalí, mi amado Neftalí....* Entónces, inclinada la cabeza, se hacia un mar de lágrimas.

Por fin, despues de mil pesquisas al ponerse el sol, y á poco tiempo de haber ido corriendo

la israelita en casa de su padre para buscar con que socorrer á Neftalí, llegó Eliezer al pié de una roca, donde encontró á su hermano tendido, pérdidos los sentidos, y con el velo que habia recogido todavía en su mano: al verlo rasga Eliezer sus vestidos, se arroja sobre su hermano, lo abraza, lo riega con sus lágrimas y lo colma de caricias. Reconoce que no tiene herida alguna; llama á sus compañeros, y juntando en un vaso la poca leche que habia quedado en los de los demás, le hace poco á poco tomar este licor benéfico, con cuyo auxilio abre Neftalí sus apagados ojos para buscar á la israelita. Cansado de este pequeño esfuerzo, los vuelve á cerrar; y á pesar de su debilidad, lleva á su seno el precioso velo que habia conservado. Eliezer y sus amigos, haciendo de sus brazos una cama, lo levantan con mucho cuidado, y guiados por un pastor de aquellas montañas, toman el camino de Silo.

¡Oh qué sentimiento tan justo como excesivo tuvo Sadoc al ver traer su hijo moribundo! En vano, disimulando su cuidado el afectuoso Eliezer, quiere calmar las dudas de su padre y asegurarle que no peligra la vida de su hermano; pero aquel, inmóvil y silencioso, dirige al cielo sus miradas, y no se atreve á quejarse á su

Dios por una desgracia superior á sus débiles fuerzas.

El cuidadoso Eliezer da á su hermanos cuantos socorros son imaginables; lo pone en una cama de blandas pieles, y reanimándolo con algunas gotas del delicioso vino Engaddi, recobra el jóven hebreo sus sentidos; sus ojos reconocen á su amado padre, y sus brazos se mueven para abrazar á Eliezer; este, de rodillas á la inmediacion de su cama, sostiene con una mano la débil cabeza del enfermo, y con la otra le ofrece los remedios. Sadoc no puede sin lágrimas ser testigo de una escena tan tierna, y todo el pueblo de Silo, reunido delante de su casa, manifiesta á gritos su inquietud, y el amor que profesa á Neftalí.

El siguiente á este funesto dia, era el sexto del mes de Sivan, y el cincuenta despues de la Pascua; en cuyo dia se celebraba la memoria de aquel en que completando el cincuenta de la salida de Egipto, se dignó el Señor en el monte Sinaí, dar las leyes á su pueblo escogido. En este dia el Sumo Sacerdote, acompañado de los levitas, presentaba en nombre de los hijos de Jacob dos panes de harina nueva como primicias de la cosecha, é inmolaba en holocausto dos toros de poca edad, un carnero, siete corderos

sin mancha como hostias pacíficas, y el indócil macho cabrio en expiacion de las faltas de un pueblo muy poco sumiso. Despues de este sacrificio de reconocimiento, las familias se reunian para entregarse á la alegría: cada israelita abria las puertas de su casa para los hermanos de las demás tribus, y los hijos de Jacob le ocupaban en estrechar los lazos de la dulce fraternidad.

Sadoc, despues de haber llenado los santos deberes de su ministerio, volvió á encerrarse en su casa á la inmediacion de su hijo. El caritativo Eliezer, no obstante la celebridad del dia y del sacrificio, dejó de asistir á este, por acompañar á su hermano; pero luego que por la noche se apoderó del enfermo á quien cuidaba un tranquilo y benéfico sueño, se fué al Tabernáculo, en donde con la frente en tierra, y los brazos tendidos hasta la orilla del velo que cubria al Santo de los Santos, permaneció mucho tiempo pidiéndo por Neftalí.

Ya la aurora habia vuelto, y las siete lámparas del candelero de oro alumbraban con una luz pálida, cuando Eliezer salió del Tabernáculo para continuar cuidando á su hermano; al salir del segundo recinto ve que lo detiene de repente una jóven israelita, que traia dos palomas

y un cordero blanco: la inquietud y el dolor se retrataban en el semblante de esta hermosa incógnita: un rubor modesto cubria su frente, en la que se confundian con mucha gracia el pudor y la piedad. Habiéndose acercado á Eliezer, y separado su vista de él que la admira, le dice lo siguiente:

"Perdonad, Levita del Señor, perdonad que
" una desconocida os detenga un momento. Aun-
" que extranjera en Silo, no soy infiel. Vivo en
" Benjamin en la aldea de Luza; mi nombre es
" Raquel: mi padre Abdias adora al Dios de
" Isac: yo vengo á ofrecer al Todopoderoso este
" cordero y estas palomas, única riqueza de que
" puede disponer un pastor. ¿Os dignais, hijo
" de Aaron, inmolarlas por mí en el altar, y pe
" dir al Todopoderoso la gracia que solicito?"

Dicho esto calló: Eliezer la mira sin poder responderla: pues el dulce acento de esta voz le habia conmovido demasiado. Inmóvil de admiracion, y penetrado de un fuego en que se abrasan sus sentidos, se complace en conocer su herida, sintiendo una turbacion que le inquieta y le agrada al mismo tiempo, de modo que encuentra ya delicias en su mismo padecer.

Alargando, en fin, una mano trémula á la modesta Raquel, le dice: Venid hija de Abdias,

venid á asistir al sacrificio: vuestra presencia lo hará más puro. Yo inmolare las víctimas, ofreceré por mí mismo estos dones; pero para que mis fervorosos votos puedan unirse á los vuestros, respondedme con confianza, ¿qué pedis al Señor?

Raquel á esta pregunta se avergonzó de nuevo, é inclinó su vista al suelo. Hijo de Leví, le respondió, el puro sentimiento que me anima, ni debe, ni yo quiero ocultaroslo: vengo á implorar al Todopoderoso por el mortal á quien debo la vida: yo no puedo socorrerlo, y sus dias peligran; y que el Señor ántes que á él me haga padecer los males que él experimentará en este momento; esta es mi súplica, este mi deseo y el objeto de mi sacrificio.

Al decir esto se escaparon algunas lágrimas á la hermosa é inocente Raquel, y Eliezer no pudo contener las suyas. Vuelve al Santuario, se lava las manos y los piés en la gran cuba de cobre, y despues prepara el fuego en el altar de los holocaustos. Los Levitas vienen á ofrecerse para ayudarle á estos preparativos; pero Eliezer no admite esta oferta por no partir con otros tan agradable trabajo; entre tanto, Raquel de rodillas delante del Tabernáculo, con la mano derecha puesta sobre la cabeza del cordero

y presentando con la izquierda sus dos palomas espera el momento del sacrificio.

No tardó en encenderse el sagrado fuego, Eliezer toma las víctimas, y vierte su sangre en el altar por el lado del Aquilon; despues pone el sacrificador una medida de harina pura, las riega con aceite nuevo, y las llamas se aumentan y las consumen. La jóven Raquel, postrada, invoca en voz baja al Señor del cielo, y Eliezer en voz alta le pide que oiga las súplicas de esta piadosa Benjaminita: y que conserve la vida del que tanto le interesa; no dudando que, segun lo que le habia dicho, fuese su padre la causa de su inquietud. Esta idea, que se agrega á la del riesgo en que estaba Neftalí, hace más fervorosa la peticion de Eliezer; y la semejanza que encuentra este en la situacion del corazon de Raquel y el suyo, aumenta si es posible, el amor que profesa á esta.

Apénas se habia acabado el sacrificio, se le vanta de repente Eliezer lleno de alegría: corre adonde está Raquel, y le dice: Ved lo que dice el Señor. *Volved á vuestra casa: el objeto de vuestras inquietudes ha recobrado la salud:* dad gracias por este beneficio al Dios de vuestros padres, y acordaos del levita, que os agradece lo hayais elegido para celebrar el sacrificio.

Raquel al oir esto se inclina de nuevo, y adora al Señor; y despues, á poco tiempo, se levantó enjugando las lágrimas que corrian por sus mejillas. Da á Eliezer una mirada de reconocimiento y desaparece al punto.

El hijo de Sadoc no se atreve á detenerla, suspira y la sigue con la vista; pero la memoria de su amado hermano hace desaparecer de la suya toda otra idea, y así se da prisa en volver á verlo. Neftalí, fuera de todo riesgo, Neftalí, que no tiene á su hermano al lado, pregunta á gritos por él; y yendo, á pesar de su debilidad, hácia el quicio de la puerta, recibe en sus brazos á Eliezer, á quien la sorpresa y la alegría embargaron del todo los sentidos.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

CANTO SEGUNDO.

Todo Israel se entrega á la alegría en celebridad de su fiesta. Los viejos, los esposos, las madres, engalanados con sus mejores vestidos, hacen poner delante de sus puertas mesas cubiertas con manjares deliciosos. Las jóvenes doncellas, con vestidos de lino y coronas de rosas blancas, recorren la ciudad bailando al son de sus tirsos y cimbalos. Los padres, los amigos, todos se reunen; las tribus los imitan; los ancianos, los Sacerdotes, los labradores, los moradores de la ciudad y de las aldeas, no forman mas que una familia. y todos repiten sin césar el nombre de Jacob; todos, abrazándose confiesan á cada instante que son hijos de un mismo

padre, que han recibido iguales beneficios, y que guardan las mismas leyes; de modo que parece que este inmenso número de individuos no tiene más que un alma, y que esta se didica á celebrar la fiesta de la felicidad y de la amistad.

Sadoc, Sumo Sacerdote, estaba en medio de ellos, acompañado de sus dos hijos: todos á porfia le hacian lugar; y por donde pasaba, á su vista levantaban las manos al cielo, y pedian al Señor por el Pontífice y su familia: queriendo ver de cerca al amable y querido Neftalí, á quien el Todopoderoso acababa de libertar de tan inminente riesgo, daban la enhorabuena á su padre, mezclando sus lágrimas de alegría con las que el buen anciano no podia contener por el reconocimiento.

Neftalí, pálido y débil, apoyado en Eliezer, llega poco á poco al lado del Sumo Sacerdote: sus ojos, en los que ántes se pintaba la alegría, manifestaban su inquietud; y no obstante que hacia los mayores esfuerzos para tranquilizar á su cuidadoso padre, su sonrisa llena de dulzura, estaba mezclada con la tristeza en que se hallaba sumergido. Cada uno de los hermanos tenia un secreto que ignoraba el otro; en lo que hacian una ofensa á su verdadera amistad. Am-

bos estaban interiormente atormentados, y ambos se pedian mutuamente perdon.

Luego que volvieron á casa de su padre, sin comunicarse sus designios, y sin prevenirse, ni aun por una mera señal, se ocultan á sus amigos, y van por diferentes caminos hácia la solitaria extremidad del campo que los mantenia. Allí á la orilla de un torrente, límite antiguo de su heredad, y á la sombra de una gran higuera plantada por los Cananeos, habia un asiento de cesped, en donde los dos hermanos iban todas las tardes á meditar la ley santa, á descansar de su trabajo, y á hablar de su amistad. Jamás habian venido á este paraje sino juntos; pero este dia se encontraron en él sin esta circunstancia. Yo te esperaba se dijeron al mismo tiempo al acercarse. Se abrazan con ternura, se miran, y repiten de nuevo sus abrazos. Sentados, uno al lado del otro, se dispone Neftalí á hablar á Eliezer; pero este se anticipa.

¡Oh amigo mio! le dice, ¡Oh amada mitad de mi mismo! ¡qué riesgo nos ha amenazado! ¡cuantas gracias debemos dar á Dios que te ha conservado la vida! Envano, postrado esta noche pasada delante del Arca Santa, habia suplicado al Señor perdonase los yerros de nuestra juventud y que nos dejase todavía vivir algun tiempo

más para amaros; y no tuve la menor esperanza de que me lo concediese, pues el Todopoderoso no se dignó responder á mi suplicas; así crei que el Señor queria castigarme, haciendome beber la copa de su cólera, y que habiendose ocultado bajo una nube, no queria que mis suplicas llegasen hasta su trono, y que me iba á quitar á mi hermano.... Con estas tristes ideas volvia á buscarte, no para llorar tu suerte, sivo para acabar yo tambien de morir.

¡Pero ah, oh amado Neftalí! ¿qué somos? ¡Cuanta es la fuerza de un sentimiento que hasta hoy habian desconocido nuestras almas! En medio mismo de mi desesperacion, en este cruel abatimiento, en que no se conoce que se vive sino por lo penoso que es el disfrutar de la existencia; vi á la hermosa Raquel, hija del pastor Abdias, á la que encontré cerca del Tabernáculo. Mi corazon, á pesar de la triste situacion en que me hallaba, voló hácia ella como la paja ligera vuela á quedarse en el precioso ámbar. ¡Oh querido Neftalí! ¡si la hubieras visto de rodillas, teniendo en su mano las dos blancas palomas, y levantando al cielo sus hermosos ojos innundados en lágrimas!.... Su misma tristeza la embellecia más, y su dolor daba más realce á sus gracias. Pedia por su padre, que

vive en Benjamin en la aldea de Luza, y suplicaba al Señor conservase la vida al autor de la suya. Su piedad y su virtud estaban pintadas en su hermosa frente, mezclando un santo respeto al amor en que centelleaban sus ojos. Quiero deciroslo, unico amigo mio; quiero que lo sepais: contemplando á Raquel, dejé de pensar en vos; ha sido la unica vez que he cometido esta falta; pero perdoname querido Neftalí: no espereis para volverme á vuestra gracia conocer esta pasion, cuyo primero y repentino ataque puede hacer olvidar hasta á un hermano como vos.

Eliezer, al mismo tiempo que confiesa tan sencible olvido á su hermano, procura ocultar su rostro entre las manos de este, quien le mira con su natural afecto y llora. Vuelve en ti, le dice, pues yo necesito me conceda igual gracia, y venia á pedirtela. Sí, hermano mio: como tu, yo amo; y del mismo modo que á ti, me devora esta pasion. Mi corazon que á mi parecer, apenas podia bastar para los sentimientos de nuestra verdadera amistad, y que para tener ó un deseo ó un sentimiento, necesitaba saber de ante mano si algo te faltaba ó algo deseabas; esto mismo corazon, arrebatado á pesar mio por una accion involuntaria, se agita, se turba y se in-

quieta por otro objeto que no es Eliezer; y así anhela y desea una felicidad, sin la que no puede vivir en donde tu no estés, No la conozco todavía bien; pero ni aún me conozco á mi mismo. Tengo mi alma atormentada, como lo está una piedra puesta en una honda, á la que un brazo fuerte la da vueltas para aumentarle el impulso. Ocupado únicamente sin cesar en el objeto cuya memoria me sigue á todas partes, mis deseos se reducen á verla, oirla y hablarla. El tiempo que paso separado de ella, me parece que no existo; y ya para mi todo el universo se compendia en el paraje en que la conocí. Estando á tu inmediacion la llamo, la busco, y me parece que la oigo; estoy cerca de vos; y á pesar de todo esto suspiro; te abrazo, y no obstante ésto, no me creo feliz. ¡Oh querido Eliezer! perdoname: ó más bien, amado hermano mio, aseguremonos de nuevo en nuestra tierna amistad. Nuestras almas siempre son las mismas; el sagrado fuego que nos hace dichosos no se ha disminuido; este es el que nos anima nos sostiene; él es el que conserva nuestras vidas; pero.... otro de diferente especie es el que nos devora y nos aflige.

Entónces Neftalí le cuenta como salvó en Remmon la vida de la Israelita, y como al ver-

la por la primera vez, habia conocido el ardiente amor que fijaria en lo sucesivo su destino, añadiendole que nada más conoció en ella que su dulzura y belleza, pues hasta su nombre ignoraba; y sacando de su seno al mismo tiempo el velo que se le cayó á la bella incógnita, le enseñó á su hermano, haciéndoselo tocar, pero sin soltarlo; le desdobla le besa mil veces; y volviéndole á doblar, lo coloca de nuevo sobre su corazon; pero sintiendo al mismo tiempo el ocuparse tanto de sí mismo, dice á su hermano: Todavía encuentro un arbitrio para que mi suerte sea ménos desgraciada, y este es el hacer cuanto esté de mi parte para contribuir á tu felicidad. Creo que la conseguire mas fácilmente. Tú sabes que la jóven Raquel vive en casa de su padre Abdias en la aldea de Luza. ¿Piensas acaso que un pastor hebreo no dará mil gracias al Señor, porque solicita á su hija para mujer un hijo del Sumo Sacerdote? ¿Podrás dudar que el corazon de Raquel palpitará de placer y satisfaccion cuando sepa que está destinada para el jóven Eliezer, tan conocido y tan célebre por su piedad, por su virtud y por tantas cualidades amables que le hacen casi tan querido de todo Israel como lo es de su hermano? Tranquilizate, Eliezer: Raquel será tu esposa, pues

hoy mismo voy á hablar á nuestro venerable padre, y sin duda me enviará mañana á Luza á pedirla á Abdias, quien me concederá su hija para que sea tu esposa; yo mismo seré su conductor, y tu felicidad aumentará mi fortaleza para esperar yo la mia.

Eliezer se arroja en los brazos de Neftalí, consiente gustoso en que sea á él á quien deba la posesion de Raquel; pero esta misma que tan inquieto le tiene, no completa sus deseos, pues necesitaria para colmar estos, encontrar á la hermosa incógnita por quien suspira su hermano, para pagar los oficios que hace con otros iguales; y así le habla de ella continuamente, y medita cómo podria conseguirlo, miéntras que Neftalí no le trata sino de Raquel; ambos se interrumpen mútuamente para olvidarse de sus asuntos personales; y los dos; despues de haberse confiado sus secretos, parece que han mudado de amores.

Concluida esta conversacion los llamó Sadec: van al instante; y entónces Neftalí, á quien le falta tiempo para revelar á sus padre los deseos y la pasion de su hermano, se la cuenta: el respetable anciano, al oirlo, dirige la palabra á Eliezer, diciéndole: ¿Qué, hijo mio, no te has atrevido tú mismo á declararme el deseo que

tenias? ¿Ignorabas acaso que la dicha de que vosotros dos me haceis gozar será mayor á proporcion de que la disfruteis? Ven, abrazámé tímido Eliezer, ven á dar á tu padre la enhorabuena por la satisfaccion que tiene en confirmar tu eleccion.

Eliezer, agradecido, quiere echarse á los piés de su tierno padre, quien lo detiene estrehándolo en sus brazos, y dice á Neftalí: Prepárate, querido hijo, para ir mañana á Luza. Monta el animal paciente que sirve para nuestros trabajos campestres; llévate dos medidas de harina de cebada nueva, añade algunas pasas, dátiles é higos silvestres; cuyo pequeño regalo darás al padre de la jóven Raquel, pidiéndole de mi parte que conceda á su hija para esposa de tu hermano. Voy á darte para que le entregues igualmente los zarcillos y dos anillos de oro que tuvo vuestra madre.

Dicho esto, Neftalí dispone su partida, y al amanecer del dia siguiente se pone en camino. Este era solo de uno; y así, ántes de ponerse el sol llegó á Luza, preguntó por la casa de Abdias y se dirigió á ella: llama á la puerta y sale á recibirle un viejo, ¿qué quereis? le dice este anciano: ¿sois uno de nuestros hermanos? Quien quiera que seais, honrad mi casa, descansad en

ella esta noche. Neftalí hace una reverencia á Abdias, quien responde: Bendito sea el Señor: él es el que me ha traido á Luza, le dice Neftalí, para ofreceros de parte de Sadoc, Pontífice del Dios vivo, este regalo, producto de la tierra que el Señor nos ha dado. Mi padre Sadoc os pide al mismo tiempo que deis á vuestra hija Raquel para esposa de mi hermano Eliezer: Eliezer cuyo nombre no os será tal vez desconocido, y á quien considera Israel como digno sucesor de Aaron y de Sadoc.

No os equivocais, hijo mio, responde el viejo con una dulce sonrisa, ¿es ciertamente al pastor Abdias, al más oscuro y más pobre de los hijos de Jemini, á quien el Sumo Sacerdote de los hebreos pide á su hija? Sí, á vos es, responde Neftalí: hijos todos de un mismo padre, no conocemos otra distincion en nuestras familias que la que se granjean las virtudes. Abdias para responderle toma la mano á Neftalí, y apretándola con las suyas, jura en nombre del Dios eterno, que desde aquel momento su hija es la esposa de Eliezer. Esta, continuó diciendo, está en el campo; todavía no ha vuelto con el rebaño; pero el sol, que ya ha traspuesto los montes de Seir, nos anuncia que no tardará en llegar.

Entrad, hijo mio, bajo mi humilde techado, que yo voy á buscar el cabritillo que he de inmolar por vos. Al mismo tiempo introduce á Neftalí en su casa, y lo deja solo por algunos instantes.

El hermano de Eliezer se queda en ella, y siente un placer, un tierno interes, una involuntaria y dulce languidez, de que él mismo se admira; todo agrada á su vista en esta inocente mansion, y todo fija y anima sus miradas. Repara en los vasos de barro colocados con simetría, para guardar la leche en ellos; las canastas de juncos colgadas; los cayados de la pastora, las guirnaldas de flores, ya marchitas, que llevó en la última fiesta; todo cuanto vé Neftalí le habla al alma y turba sus sentidos; pero él no quiére sino pensar en su hermano, y atribuye-á la amistad la secreta emocion que turba sus sentidos.

No tardó en oirse inmediato á la casa el rebaño que volvia del campo: Neftalí tiembla; no se atreve á salir, y se pregunta la causa de su terror: busca y llama á Abdias, y este vuelve trayéndole á su hija. Neftalí la ve.... ¡Oh Dios poderoso! Ella és la misma israelita á quien salvó la vida, y ella es la hermosa incógnita, cuya imágen no abandona un instante á su

amoroso pecho. Inmóvil, como un viajero á quien sorprende una fuerte tempestad en el desierto, detiene el grito próximo á escaparse, y queda con los brazos levantados. Raquel se acerca con los ojos bajos, y guardando un profundo silencio. Hija mia, le dice Abdias, este es el mejor dia de tu vida: el virtuoso Eliezer, el hijo heredero del Sumo Sacerdote te pide para esposa. Su hermano, que tienes presente, viene á recibir nuestros juramentos; préstaselo, como yo he hecho y da gracias al Señor porque se digna honrar con esta alianza tu juventud y mis canas.

A estas palabras Raquel alza la cabeza, y da una mirada tímida al hermano de su esposo.... lo reconoce.... y da un grito: su cabeza se inclina al instante: una mortal palidez cubre su semblante, sus rodillas tiemblan, no pueden resistir al peso de su cuerpo, y cae en los brazos de su padre sin color ni movimiento.

Neftalí se da prisa á socorrerla. Abdias logra volverla en sí. Raquel recobra pronto sus sentidos, y se esfuerza en tranquilizar á su padre finjiendo que el mal que ha padecido es por causa de la sed, por lo que pide á Neftalí, mirándolo con atencion, que le traiga con que calmarla: Neftalí que comprende lo que quiere

darle á entender, llena de agua cristalina un vaso de madera, y con la cabeza baja y una mano trémula se lo ofrece: Raquel apénas lo prueba se da prisa á volvérselo; y dirigiéndose despues á su padre le dice en voz baja: Vos, ¡oh padre mio! me habeis dado al hijo de Sadoc y debo obedeceros. Mi corazon estará siempre pronto á acompañar en cualquier tiempo mi mano, siempre que el hermano de Eliezer me asegure por sí mismo que es para llamarme hermana para lo que ha venido hasta este parage.

Raquel acompañó estas palabras, que se dirigian á Neftalí, con una mirada llena de amor; al mismo tiempo que de severidad. ¡Oh qué impresion hizo en el alma del jóven esta terrible mirada! ¡Cuánto padeció en un solo momento! Pero la amistad sostuvo la virtud. Sí, le dijo con un tono que denotaba su conmocion, sí, mi hermano os ama con exceso; su felicidad, su destino y su vida dependen únicamente de obteneros. Yo he deseado y solicitado la comision de venir á cercioraros de sus promesas y yo de rodillas reitero mi viva y tímida súplica.

Neftalí pronuncia con rapidez las últimas palabras, temeroso de que le falte tiempo para acabarlas, y se echa á los piés de Raquel, pero se-

parando de ella su vista. Entónces ya cree que su alma está ménos oprimida; y contento de haber cumplido con su deber, y de haber sido fiel á su hermano, le parece que ya no le aflijen sus males, y espera la respuesta de Raquel.

Esta lo escucha, y muda mil colores en un momento: se aleja de Neftalí, le hace señas para que se levante, y acercándose á su padre: estoy satisfecha, le dice, yo acepto por esposo á Eliezer; pero os pido que me permitais ir á emplear lo que qué queda de dia en despedirme de mis compañeras; yo las amo, y amo este paraje en que he nacido y sido mucho tiempo feliz: es menester dejarlo mañana y el enviado de Eliezer no se admirará de mi llanto: y concluyendo estas palabras sale con pasos precipitados.

Su padre procura disculparla con Neftalí, que por desgracia tenia precision de ocultar sus lágrimas; este responde hablando sobre su hermano, sobre el respeto, el cuidado y amor de que la hermosa Raquel va á ser el objeto, con lo que consigue distraer á Abdias, y que no conozca su turbacion.

Ya la noche habia tendido su negro manto cuando volvió Raquel. La serenidad estaba

pintada en su rostao: ya llamaba á Neftalí su hermano; y procurando llenar con él todos los deberes que le imponia la hospitalidad, prepara pieles de cordero para que descanse aquella noche, dispone el festin, cubre la mesa de flores, se sienta inmediata al hebreo, y le ofrece el lomo del cabrito. Abdias alborozado, mira con una agradable sonrisa á su hija que por sí sola anima la mesa. Neftalí no se atreve á mirarla y Raquel sin incomodarlo con sus preguntas, abrevia y concluye este rato para retirarse á dormir.

El siguiente dia al salir el sol ya estaba dispuesta en camino; su padre quiere acompañarla, y Neftalí da mil gracias á Dios por esta determinacion. Raquel, adornada con las alhajas de oro que Sadoc le habia enviado, monta en el animal paciente, cuyas riendas lleva Neftalí, y Abdias á su lado le sirve de guia.

Neftalí marchaba con la cabeza inclinada, sin atreverse siquiera á dar una mirada á la que conducia. Raquel, que reparaba en él, se esforzaba en creer que jamás la habia amado. y que el hecho de haberle salvado la vida fué por piedad; que él mismo habia solocitado la bárbara comision de venir á pedirla á su padre para otro, y que la melancolía que se le notaba no

era más que afecto de su carácter. Despues de hacer todas estas reflexiones, tenia un cierto disgusto, que ella graduaba de aborrecimiento, de lo que se aplaudia su corazon, exhortándose y prometiéndose el aborrecer todavía más á este desdeñoso; más, á pesar de estos propósitos, se aprobechaba de la situacion del jóven hebreo para mirarlo sin cesar: con mucho trabajo lograba separar su vista de él; pero al instante tenia que reprenderse de haberla vuelto á poner en el mismo objeto.

Abdias, muy práctico en los caminos más cortos para ir á Silo, tomó uno diferente del que el dia anterior habia traido Neftalí, por lo que atravesaron una gran llanura en que habia algunas palmas: se acercan á los montes de Efrain, y llegan como á la hora tercera al pié de las rocas de Remmon. Neftalí que sigue á Abdias sin reparar en el parage por donde va, sube detras da él por una vereda estrecha, tortuosa y erizadas con zarzas: lo malo del camino, y el continuo cuidado para evitar á Raquel los malos pasos, separan de él por algun tiempo sus dolorosos pensamientos. Despues de una larga y penosa marcha llega cubierto de sudor á lo más alto de estas rocas desiertas, y allí estendiéndo su vista reconoce Neftalí el parage en que im-

ploró Raquel su socorro: se para sin poderlo remediar; todo él tiembla, y por un movimiento involuntario mira á Raquel; esta, que esperaba una mirada así, no pudo sufrirla con indiferencia; inclina la cabeza sobre el pecho, y oculta con ambas manos las lágrimas que derrama. Neftalí conoce que sus rodillas le flaquean; se apoya contra una roca, y el viejo Abdias corre á socorrerlo. Descancemos, le dice, hijo mio; estamos en la mitad del camino; sentémonos un momento. Abdias, al decir esto, tiende los bra, zos á su hija, y la apea, y la lleva á donde está Neftalí; la pone inmediata á este, y él tambien se sienta cerca de ambos.

Despues de un largo y triste silencio, Abdias que queria cortarlo, pregunta al hijo de Sadoc en que tiempo y ocacion habia conocido Eliezer á Raquel: Neftalí le cuenta entónces que ella habia ido al Tabernáculo, y que su hermano ofreció en su nombre el sacrificio de dos palomas y un cordero que presentaba Raquel al Señor pidiendo que curase á su padre. ¡A mi! esclamó Abdias, dirigiendose á su hija: ¿qué vanos recelos te hacian temer de mis dias? Estos no han peligrado por qué pues me ocultaste tu viaje? ¿por qué tu piedad filial no instruyó á tu padre de los votos que te merecia? Os engañan

le respondió Raquel; este sacrificio no era por vos. La víspera del mismo dia del sacrificio, viéndome perseguida de unos Moabitas, me hallé perdida en estas espantosas rocas, y me liberté de la muerte por los socorros de un joven cazador, á quien dejé moribundo despues que el me dió la vida. No tardé en volver á buscarlo, y ya no lo encontré; inquieta por su suerte, y temerosa de que no hubiese caido en manos de nuestros enemigos, sali al dia siguiente, al principio de la noche para llevar esta corta ofrenda á la casa del Señor, y pedirle que libertase de todo riesgo al jóven generoso á quien debia la vida. Eliezer pidió por mi padre y yo pedí por mi bienhechor.

Raquel no pudo ménos de llenarse de rubor al hacer esta declaracion; y Neftalí, fuera de sí, esclama: ¡Oh cielo?.... ¿qué decis?.... ¿que vuestro sacrificio era para pedir por ese feliz mortal?.... Sí, respondió Raquel mirándole; sí, era por mi libertador, pues yo creia que su vida estaba en peligro, y tambien.... Pero estaba alucinada. Despues he sabido que vivia, que era feliz, y que habia olvidado sus riesgos con tanta facilidad como los beneficios que habia hecho.

Neftalí se levanta precipitadamente á estas palabras. Padre mio, dice á Abdias, continuemos nuestro camino, que mi hermano nos espera.

FIN DEL SEGUNDO CANTO.

CANTO TECERO.

Ya el sol se habia ocultado tras de las montañas, y los rebaños reunidos bajaban á paso lento las en que habian pacido, cuando Abdias, su hija y Neftalí, acercándose á Silo descubrieron la tiendia que cubria el Tabernáculo, á cuya vista se paran un poco, hacen una reverencia á este lugar santo, y despues de una corta plegaria, continuan su camino, y no tardan en llegar á la puerta de la ciudad.

Allí los estaban esperando hacia algunas horas Sadoc y Eliezer, acompañados de sus parientes y amigos, y una tropa de doncellas de Silo, que traian en la mano ramos de lirio; van á recibir á Raquel, la rodean, la coronan de flo-

res, y la llevan como en triunfo al Pontífice, que le sale al encuentro, Raquel se postra delante de Sadoc, quien la levanta, la abraza, y la presenta á Eliezer, que palpitaba de amor y de alegría. La modesta Raquel guarda un profundo silencio.

Su futuro esposo, satisfecho de su felicidad, embriagado con el placer de verla, no por eso deja de buscar á su hermano; lo llama; le abre los brazos, deja á Raquel para correr á él; y trayéndolo cerca de su esposa, une y estrecha ambass manos colocándolas sobre su corazon; de este modo Eliezer, en medio de los dos objetos que más ama, empieza á andar y el Sumo Sacerdote lo sigue acompañado de Abdias. Las doncellas van delante, y los habitantes Silo, reunidos en los parages por donde habian de pasar, celebran esta dulce union con mil gritos que dirigen al cielo.

Luego que llegaron á la casa de su padre, éste anuncio que, al dia siguiente, un sacrificio de accion de gracias santificaria el himeneo de su hijo; entonces el pueblo se separa, y deja en libertad á los esposos.

Sadoc cuida con el mayor esmero de sus huéspedes, ofreciéndoles los refrescos que tenia preparados para ellos, y más que de los otros cui-

da de Abdias, á quien propone que se quede con él y con su querida hija, y que venga á vivir á Silo. Reunámonos, le dice, que la vejez necesita del socorro de la amistad: ya á nuestra edad no debe vivirse sino en el seno de nuestras familias. El nombre de padre, que hace á los que lo son indulgentes, tambien se grangea la indulgencia: con un nombre tan dulce se llega impunemente á ser viejo. Los tiernos cuidados que podrian por olvido escaparse á Raquel, los tendrá Eliezer por vos, y los que este deje de prestarme los recibiré yo de Raquel. Nuestros corazones no harán la menor diferencia entre nuestros hijos; y así nuestras riquezas en este particular serán duplicadas. Abdias ofrece no dejar aquella mansion, y Raquel le agradece infinito tal promesa; esta recibe con reconocimiento los esmeros atentos del amoroso Eliezer; y Neftalí, ocultando sus dolores, y con un semblante muy disimulado, se sonrié en presencia de su hermano, y da á ambos la enhorabuena.

De este modo se pasa el resto de la noche; y luego que las lámparas están próximas á apagarse, manda Sadoc á sus hijos que se vayan á esperar al dia siguiente á casa de uno de sus parientes; ambos se van á la de Famuel á dormir juntos; pero el sueño en toda la noche no

les favorece. Eliezer, que conocia la tristeza de Neftalí, no la atribuye á otra cosa más que al amor que tiene á la Israelita incógnita, á quien desea encontrar; y cree mirarla hablando de ella, y ofreciéndole que muy pronto piensa él mismo acompañarlo á buscarla. Neftalí procura, pero en vano, desterrar estas tristes ideas y habla al esposo de Raquel de la felicidad que va á disfrutar. Eliezer vuelve á instar sobre el asunto de su hermano; pues no se cree feliz miéntras no lo sea aquel; y así procura aliviar su herida; pero no hace más que aumentarla.

Por último, llega la brillante aurora á iluminar el oriente; el nuevo esposo se prepara y pone sus mejores trajes, y Neftalí se complace en ayudarle: él mismo es quien compone con mucha gracia las trenzas de sus cabellos bajo su resplandeciente tiara, y cubre su espalda con una gran capa de jacinto, que anteriormente habia sido en los juegos guerreros de Israel premio de la destreza y valor de Neftalí. Embellecido Eliezer con su edad y por su dicha, lo es aun más con los dones y esmeros de su hermano; uno y otro van á ver á Sadoc, y encuentran ya á los levitas con el traje de los dias festivos, á las doncellas y al pueblo reunido, que esperan en la puerta del templo á la nueva es-

posa; esta se presenta vestida de blanco y cubierta la frente con un velo bordado. Turbada y tímida se pone cerca de su padre, rehusando para ir á su lado, el brazo de Neftalí. Eliezer, trasportado de alegría, se pone á la cabeza de los levitas: es el primero que llega al Tabernáculo; y dándose él mismo prisa para traer las víctimas, las presenta á Sadoc quien inmola doce carneros. El pueblo une sus votos á los del Pontífice, y pide, como este, que la nueva Raquel, tan hermosa como la primera, sea tan fecunda como Lía; que ambos esposos vivan tanto tiempo juntos como Sara y Abrahan. El mismo acompañamiento que los condujo al Tabernáculo, los volvió á acompañar concluido el sacrificio, y paseándolos por toda la ciudad cantan himnos antiguos, y riegan con flores el camino. Concluidas estas ceremonias hace Sadoc que los novios firmen lo que habian contratado. La mano de Eliezer lo ejecuta temblando de gozo; pero la de Raquel aun temblaba más por diferente causa. Neftalí se habia separado; su hermano, que lo echa de ménos, lo busca, lo encuentra y trae para que asista á la funcion de la boda, colocándolo inmediato á su esposa; y miéntras que Sadoc preside el convite de su familia reunida, el feliz y amable Eliezer no ha-

bla á Raquel y á Neftalí sino de sus deseos de vivir entre dos personas que ama igualmente, y de que uno y otro se amen como él los ama.

Pero ¡ah! Raquel y Neftalí no pueden hacer esta promesa sin mudar de color; pues ambos temen hacerse culpables. No obstante, Neftalí cuenta con su virtud, fortificada por la amistad; pero Raquel, que no tiene este apoyo, quiere huir el daño porque lo teme; y así medita un proyecto atrevido, que piensa ejecutar sin detencion; y aprovechando un momento de bullicio á la salida del festin, pide hablar en secreto al desgraciado Neftalí.

Uno y otro van sin mirarse hácia la higuera solitaria que está plantada á la orilla del torrente. Raquel se sienta y recuesta en su tronco: hace que Neftalí se ponga á su lado, y con una voz que procura esforzar, le dice:

"Los momentos son preciosos; no los empleemos en disimular. No ocultemos nuestras inquietudes; pero asegurémonos la victoria. Yo os amo, y vos me adorais; yo me doy prisa á confesaroslo, pues no encuentro otra arbitrio para ser tan virtuosa como vos."

"Ignoro cuanto ha pasado desde el fatal momento en que me he visto delante de Eliezer, y no quiero jamás saberlo. Lo único que sé, y de

lo que estoy segura, es de que sacrificais al amor de vuestro hermano el que me profesais. Este sacrificio es noble y grande; pero su recompensa son las penas que padeceis. Vos sacrificais el amor á la amistad; pero á lo ménos conservad la última. ¡Ah! yo bien conozco que no debe quejarse el que á la gloria de hacer su deber une los consuelos que nos da un tierno sentimiento."

"Neftalí, yo ne tengo hermano: yo soy la esposa de Eliezer; pero á vos seria á quien yo hubiera escogido, y á quien yo debo la vida. ¿Pensais que el beneficio que me hicisteis, la admiracion que me causó vuestro sacrificio doloroso, el espectáculo continuo de vuestros combates y de vuestros triunfos, no han aumentado por instantes una idea que yo debiera desvanecer? En vano es que procureis venceros; pues mientras yo os vea desgraciado, me parecereis más amable. Huid, pues, huid de estos lugares."

"Si vuestre virtud no necesita de este arbitrio para no faltar á vuestros deberes, hacedlo á lo ménos por la mia, y por la felicidad de vuestro hermano, á la que confieso no puedo contribuir estándo vos aquí. Buscad ó inventad un pretexto; pero de cualquier modo que sea, alejaos de Raquel, y volved despues de curado, si

es posible, d evuestra pasion, y si no, no volvais jamás."

Dicho esto, quiere volver á la casa del Pontífice. Neftalí para detenerla la agarra de una ma, no, que apenas la toca, cuando la reti ra con precipitacion; y procurando recobrar sus fuerzas que le abandonan, sin atreverse á mirar á Raquel, pronuncia estas tristes palabras:

"Hermana mia, no temais: no responderé más que á vuestras últimas palabras; os pido que marcheis esta noche misma. Jamás volveré á veros.... No volveré á ver á mi hermano.... ¡Ah! perdonad mis lágrimas, pues debo derramarlas por él.

"Conozco que debí huir sin haberos respon-pondido; pero vuestra tranquilidad y la de mi hermano me obligan á que os diga que Eliezer hasta ahora no ha sospechado que yo os habia visto ántes que él; él ignora, y yo lo ignoraba tambien, que Raquel era la Israelita.... Ya basta, querida hermana mia; quede sepultada para siempre esta conferencia en mi corazon y en vuestra virtud; que Eliezer ignore cuanto ha hecho por él la verdadera amistad; pu es si él lo supiese, no seria feliz y yo perderia el fruto de mi sacrificio."

"Todavía me queda que cumplir con un deber

que me impone vuestra gloria: yo lo quiero así y voy á etregaros el único bien que poseia, y el único gage que me queda de un amor, que no podria ya seguir sin ser culpable. Tomad este velo tan precioso que dejaisteis caer á mis piés, y desde entónces está guardado sobre mi corazon. Aquí lo teneis, Raquel.... Volvámonos, pues yo temo que esta conversacion deje de ser inocente.... Sea á lo ménos este mismo velo útil á mi hermano. Mañana cuando este infeliz, llorando mi partida, se halle sin otra que vos que lo consuele, decidle, amada hermana mia, decidle, que Neftalí os ha confiado sus penas; que no puede vivir sin la que reina en su alma, y que se ha ido á morir sintiendo no poséerla. Sí..... bien podeis asegurarlo...." Al decir esto entrega Neftalí á Raquel su velo, y esta lo toma temblando, y sin responderle se cubre con el la cara.

Uno y otro volvian hácia á la la casa cuando Sadoc venia á buscarlos, abraza este á su hija, se queja de su larga ausencia, y la lleva á donde está la familia que la esperaba. Neftalí la deja: procura no volverla á ver, y busca con la vista á Eliezer.

Este, que habia notado que su esposa y su hermano se habian salido de la sala en que se cele-

braba la funcion, cediendo á los deseos de hallarse siempre con ellos, los habia seguido de léjos; y viéndolos sentarse juntos, rodeó para acercarse á ellos sin que lo viesen; lo que ni fué efecto de desconfianza ni de curiosidad. Eliezer no tenia la idea de sorprender los secretos de su hermano: pues sabia que este hermano tan amado no los tenia para él. El feliz y tierno Eliezer, sin proyecto ni reflexion, se entregaba á esta idea agradable, á este candor confiado que inspira la amistad, y que jamás teme ofender, por que no puede ser ofendido, y que hace sin dificultad lo mismo que él perdonaría.

Al aproximarse Eliezer, encubierto por el ramaje que habia á inmedeaciones de la higuera, ve que Neftalí da á Raquel el velo que el traia consigo, el que conocia Eliezer por el de la Israelitá incógnita, y al mismo tiempo oyé las últimas palabras que dice Neftalí; cuyas palabras y cuyo velo le descubren el misterio que hasta entónces no habia sabido, y al mismo tiempo conoce los tormentos que padece su hermano, y la desgracia de Raquel. Se queda silencioso, inmóvil, con la cabeza baja, tendidos los brazos en tierra, y apoyado contra el pié de la higuera. No ve ni oye cosa alguna. Su alma parece que pierde su existencia con la fuerza del dolor, y

como uno á quien consume el rayo, ve el relámpago y la muerte al mismo tiempo.

En este intermedio ya Raquel y Neftalí habian llegado á casa de Sadoc, cuando Eliezer, vuelto en sí, busca con la vista á su hermano; y no hallándolo, siente una funesta alegría de verse solo y libre: se va á la orilla del torrente, considera sus espumosas aguas, mide su profundidad, y de repente, entregándose á una cruel desesperacion, "¡Dios de bondad! exclama; yo no imploro mas que tu justicia. Si yo fuese el único que padeciese, mi respeto á tus santos decretos me haria soportar mis males; pero padecen mi esposa y mi hermano, y son desgraciados por mi culpa. Sí, lo son; y lo serán mas cada dia de los que yo viva."

Ya no está en mi mano rehusar su sacrificio, ni me es permitido el aceptarlo; solo me es prohibido el gemir con ellos.

Todo lo que consuela mas la vida, el amor, la amistad, la virtud, todo se reune y se divide al mismo tiempo para aumentar mis tormentos.

"¡Oh Dios Todopoderoso! sed mi juez; mi hermano quiere morir por mí; su muerte me hará mas desdichado, y la mia puede contribuir á que recobre la tranquilidad que ha perdido."

Eliezer á estas palabras va á arrojarse en

medio de la corriente; pero al mismo tiempo sus miradas errantes se fijan un momento en su casa, casa en que habita su padre, en la que el buen anciano lo crió, y en donde oye los cantos de alegría y votos que hacen por su felicidad. A esta vista se detiene; echa una mano á la higuera silvestre para tener un apoyo contra sus mismos impulsos; y contemplando el asiento de cesped, en que tantas veces se ha sentado con Neftalí, y en donde ha jurado infinitas veces vivir y morir con él, siente suceder á sus delirios una tristeza que los mitiga. Eliezer, que hasta entónces no habia llorado, ve que se le saltan las lágrimas, y estas mismas que lo alivian, le vuelven á la razon y á su dulzura natural. No, no, se dice á sí mismo sollozando, yo no puedo morir aquí, yo no profanaré con una muerte voluntaria el asilo de la naturaleza y de la amistad: este es el paraje donde mi padre me ha abrazado, donde mi hermano me ha amado tanto, y es un lugar para mí santo, y al mismo tiempo un lugar temible. El dolor mas justo no debe turbar la paz que en él reina: huyamos, pues, de él, huyamos: vamos á buscar, para entregarme á la desesperacion, una tierra que no sea la de la felicidad ni la de la ternura.

Eliezer con un paso rápido sigue contra la corriente su orilla, y hallando unos pedazos de roca, por donde podia vadearse, pasa al otro lado, sube á la montaña, y se interna en el desierto.

Entre tanto Neftalí sorprendido buscaba y preguntaba por su hermano. Raquel, Sadoc, Abdias, viendo pasar algunas horas, creian que Eliezer estaba ocupado en orar. Al dia sucedió la noche, y Neftalí triste y silencioso entró y salió del Tabernáculo sin haber hallado á su hermano; recorre otra vez los campos, se detiene en la higuera silvestre, llama á gritos á Eliezer; y no oye sino el ronco murmullo de las aguas.

Más consternado que lo que daba á conocer su semblante, pregunta á su padre, á su familia, á sus conocidos, y multiplica sus gestiones sin esperar siquiera que le respondan. Se agita, corre, vuelve, y, en fin, averigua que lo han visto ir hácia la orilla del torrente: al instante el impaciente Neftalí, que olvida al momento á Raquel, su amor y sus proyectos, toma una larga rama de pino, la enciende y alumbrándose con ella va de una á otra orilla.

Los jóvenes Levitas, amigos y compañeros del desgraciado Eliezer, imitan al instante á su

hermano; todos toman teas encendidas, siguen á Neftalí, se desvian de las veredas, y suben á la montañas desiertas: se esparcen por estas, y llaman al que no parece.

Sadoc, Abdias, Raquel, que habian quedado en la orilla, escuchan estos gritos dolorosos, y el eco que los repite; el profundo horror que les causan las tinieblas, el espectáculo de las luces de las teas errantes en la oscuridad de las montañas, aumenta su inquietud y el terror que se ha apoderado de ellos.

La noche se pasa en estas tristes pesquisas, sin que Eliezer parezca. Mucho tiempo despues de amanecido vuelve Neftalí adonde estaba Sadoc, cubierto de una palidez mortal, los piés heridos y arrojando sangre; le toma la mano á su padre sin atreverse á decirle una palabra, y sin mirar á Raquel. En pié, mudo é inmóvil, rehusa el alimento que le han traido sus compañeros: humedécese únicamente sus lábios: se viste una piel de lobo; toma su arco y sus temibles flechas para volverse á marchar al instante.

Al mismo tiempo ve llegar á un pastor anciano que traia en la mano unos vestidos manchados de arena y barro. Neftalí da un grito que denota su espanto; el pastor se acerca á Sadoc, y le pregunta: ¿Reconoceis este vestido que lleva-

ba vuestro hijo? y al mismo tiempo pone á sus piés la tiara de Eliezer, y el manto con que su hermano lo habia vestido. Sadoc al verlos cae en los brazos de Abdias; Neftalí se arroja sobre la capa y besándola exclama: ¡Oh hermano mio! y pierde los sentidos. Vuelto en sí rompe su arco y su carcax, rasga su túnica, y acercándose al pastor le dice con un acento poco agradable: ¿Dónde y cuándo habeis hallado estos despojos?

Esta mañana al amanecer, responde el viejo, cerca de la roca de donde se ven caer las aguas del torrente. La tiara estaba á la orilla, y la capa más léjos, en medio de las olas. Neftalí mira al pastor y le hace señas para que se retire. Los jóvenes Levitas no desamparan al triste Neftalí, quien procura alejarse de ellos, y les dice que lo dejen solo. Estos, por obedecerle, aunque contra su gusto, se separan y van á Silo llorando á esparcir la noticia de la desgraciada muerte de Eliezer. Todo el pueblo, que lo amaba en extremo, manifiesta su dolor; todos se cubren la cabeza de ceniza y se condenan á diez dias de duelo: el desgraciado Sadoc, á quien los auxilios de Raquel hacen recobrar sus sentidos, oye estos acentos lamentables, que de nuevo le afijen: se pone de rodillas, levanta

sus manos al cielo, y exclama con una voz débil: ¡Eliezer! ¡Eliezer! ¡oh mi amado Eliezer! A estas palabras acude Neftalí, se echa en los brazos de su padre, quiere hablar, sus sollozos se lo impiden, y apénas, despues de muchos esfuerzos, puede decir, como su padre: ¡Eliezer! ¡Eliezer! ¡oh mi amado Eliezer!

FIN DEL CANTO TERCERO.

CANTO CUARTO.

Ya habian pasado setenta dias despues de la desgracia de Eliezer. Salo, á las puertas del sepulcro, habia esperado muchas veces la muerte: pero la ternura de Neftalí y los esmeros de Raquel habian conservado su triste y penosa existencia. Abdias no le desamparaba, y le hablaba frecuentemente de Eliezer, á quien uno y otro llamaban hijo, nombre que los consoloba y hacia llorar mutuamente. La triste Raquel, con traje de luto y la cabeza cubierta con un velo negro, dividia con ellos estos consuelos. Neftalí que se habia hecho ménos tratable, ó que tal vez (aunque no lo confesase) temia el hallarse solo con Raquel, pasaba los dias enteros sen-

tado al pié de la higuera; allí habia construido un humilde sepulcro con céspedes, y bajo una losa colocó los despojos que conservaba de su hermano. Este fingido sepulcro engaña su dolor: Neftalí solia ir allí desde la aurora, pareciéndole que sufria ménos con acercarse más al objeto por quien lloraba.

Sadoc, observador religioso de los preceptos de Moysés, viendo que concluiria ya el tiempo del luto de Raquel, hace llamar á Neftalí, y le dice en presencia de Abdias y de su hija: Vos sabeis, hijo mio, cuales son las leyes de los hebreos. Estas os mandan que tomeis por mujer á la viuda de vuestro hermano: el nombre apreciable de Eliezer, no puede acabarse en Israel, y á vuestros hijos es á quien corresponde conservarlo.

Al oir estas palabras Neftalí se reprende á sí mismo por la alegría que le causan. Su rostro colorea, sus ojos se humedecen, y su corazon gime y palpita á un mismo tiempo; pero la felicidad, que ve tan cercana, parece que ofende á su piedad.

¡Oh padre mio! le dice, hace mucho tiempo que adoro á Raquel: obedeciendo á la ley cumplo mis mayores deseos: ¿pero sin vivir Eliezer podré yo ser feliz? Perdonadme Raquel, este

lenguaje, perdonadme que os pido que despues que se efectúe nuestra union nos retiremos al parage más solitario; para que este, si es posible, aumente mi eterno dolor.

Querido hijo, le responde Sadoc, yo me he anticipado á tus deseos; pues acaho de anunciar á los Ancianos del pueblo que voy á entregarles el incensario. Mis trémmlos brazos no pueden ya inmolar las santas víctimas. Las fuerzas me faltan, á proporcion que mi edad y mis pesares aumentan: si mi Eliezer viviese, yo las conservaria todavia. Los ancianos querian elegirte para que me reemplazases; pero en tu nombre yo he rehusado esta felicidad; pues conozco la necesidad que tienes de vivir en el retiro. Sí, Neftalí, encerrémonos y olcultémonos á todo el universo. Los desgraciados no pueden vivir sino entre sí: Abdias, tu esposa y yo, nos dedicaremos á amarte y á llorar á tu hermano.

Al mismo tiempo tomó la mano de Raquel, la uniú á la de su hijo, declrando que segun la ley el fruto de aquel matrimonio tenária los derechos y nombre de Eliezer.

Luego pide al cielo que Raquel le haga abuelo: los esposos, que lo oian, apénas se atrevian á mirarse por su timidez y por su amor.

Desde este instante Neftalí y Raquel, Sadoc y el viejo Abdias se retiraron del mundo, creyéndose solos en la tierra, dispuestos á vivir únicamente para la amistad y para el trabajo.

Abdias, con el valor de sus rebaños y de la casa que tenia en Luza, aumentó los campos de Sadoc, y plantó vides y olivos. Este campo era suficiente para mantener á la familia, y aun le sobraba con que socorrer á algunos indigentes. Los pobres eran los únicos de quienes no se habia olvidado esta virtuosa familia. Neftalí se levantaba desde la aurora para ir á arar y disponer la tierra para sembrar cebada y trigo, ó bien podaba las vides ó cultivaba los olivos. Cuando ya el sol en lo más alto de su carrera, calentaba á todo el universo, se retiraba empapado en sudor, á su pacífico asilo. Raquel le salia al encuentro, y solo la vista de esta servia de descanso á su feliz esposo: este la tomaba de la mano, y la llevaba hasta la mesa, en que estaban sentados los venerables ancianos, que se levantaban para abrazarlo. Entónces la diligente esposa traia el único manjar qua habia dispuesto, y todos juntos hacian una frugal comida, que las más de las veces la prolongaba únicamente el placer de hacerla juntos. Todos despues se iban al campo á repartir sus trabajos

campestres; y luego que el sol se ponia iba Raquel con su esposo cerca del sepulcro de su hermano; ambos se ponian de rodillas, pegaban su rostro en la piedra, y meditaban en silencio, ó si hablaban algunas veces era siempre de Eliezer, para traer á la memoria sus acciones y sus palabras. Jamás se profanó aquel lugar de dolor con otra conversacion, y nunca se atrevieron Raquel ni Neftalí á llamarse en el esposos.

De este modo se pasaban los dias y los meses: y á los doce Raquel fué madre de un hermoso niño, á quien llamó Eliezer. Este nombre parecia que aumentaba más el amor que sus padres le tenian: jamás hubo criatura más bella, y jamás la gracia y el talento se anunciaron más temprano que en el jóven Eliezer. Apenas tenia cuatro años, cuando ya comprendia y retenia cuanto decia Sadoc. Este buen anciano no se hallaba sin su nieto; lo sacaba de los brazos de Raquel para ponerlo en los suyos, casi ya sin fuerzas; se lo llevaba al campo; lo levantaba sobre su cabeza para que cogiese con sus tiernas manos las frutas que queria; inventaba para él nuevas diversiones, y le acompañaba á ellas sin fastidio. Este venerable Pontífice, cuya barba cana le cubria el pecho, jugaba con el hijo de Neftalí y en estos pasatiempos

se interesaba tambien la ternura de Abdias; y *Raquel, que los miraba hilando, dejaba muchas* veces el hueso para enjugar sus lágrimas que mezclaba con una dulce sonrisa.

Muy pronto el niño que se habia fortalecido, exigió de Sadoo mayores y más sérios cuidados. *Este quiere ser el único encargado de criarlo é* instruirlo; le enseña á leer la Ley santa, y graba en su corazon los preceptos del Señor. Eliezer sabe ya los mandamientos dados por Moysés; repite las grandes maravillas que hizo el Señor para sacar á su pueblo de Egipto; encanta con estas narraciones á Sadoc y á su madre; y cuando vuelve su padre del trabajo, el jóven Eliezer, sentado en las rodillas de su maestro, de su abuelo y de su amigo, le cuenta como Josef, habiendo sido vendido por sus hermanos, los perdonó y alimentó: el anciano Sadoc escucha á su discípulo, repite cuanto él dice, y cree que él es quien le enseña esta interesante historia; se enternece pensando en el viejo Jacob cuando le quitaron á Benjamin; y entónces estrecha más á Eliezer en sus brazos; y Neftalí, mirando á Raquel, no puede detener el llanto cuantas veces el niño repite el nombre de su hermano.

Ya el jóven Eliezer habia cumplido nueve años; salia algunas veces solo, y tenia su arco y

flechas. Vivo y diestro como su padre, perseguía en las orillas del torrente la garza y otras aves: no tardó mucho tiempo en intentar pasar á la orilla opuesta, subir á la cima de las montañas, é ir en busca de los cerbatillos. Raquel y Sadoc murmuran el que Eliezer haga estas correrías solo; pero su padre, más indulgente, se lo tolera gustoso, lisonjeándose de ver que su valor precede á su fuerza, con lo que el niño, que lo conoce, se entrega con mayor gusto á la caza.

Esta pasion se aumenta en poco tiempo, de modo que todos los dias, despues de haber comido, se arma Eliezer con su arco, se escapa con prontitud, y no parece hasta la noche; trayendo siempre cuando vuelve, palomas torcaces ó dátiles recien cogidos. De estos presentes regala la fruta á su madre, y las aves á su abuelo. Este y Raquel no atinan cómo una criatura tan pequeña podia subir á las palmas, y le reprendian el que se aleja se tanto de ellos; pero el jóven cazador tenia particular tino para desvanecer sus temores é inquietudes, y sabia, acariciándolos, conservar su libertad.

Un dia sucedió que el niño salió, contra su costumbre, desde el amanecer; y ya habia pasado la hora del sacrificio de la tarde sin que hu-

biese vuelto. Raquel, bañada en lágrimas, manda á Neftalí que lo busque en las inmediaciones del torrente; ella por sí recorrió aunque inútilmente, las orillas; y estando sentada al pié de la higuera, lo vió de repente llegar con un semblante pálido, y señales de haber llorado. ¿Qué tienes? le pregunta Raquel: no te detengas en decírselo á tu madre. ¡Ah! le responde Eliezer, mi tristeza me hace revelar un secreto que habia jurado no decir; pero á vos sola será á quien yo lo confie: vos lo guardareis, amada madre mia; vos lo sabreis ocultar; yo lo creo así, y que socorrereis á mi amigo.

Raquel sorprendida de este razonamiento ofrece á su hijo lo que pide, enjuga sus lágrimas, y lo escucha atenta.

Vais á saber ahora, le dijo Eliezer, por qué os dejo con tanta frecuencia; y luego que os lo diga no dudo que me perdonareis al instante. En la luna pasada fué cuando un dia me atreví á pasar al otro lado del torrente. Bajé á la orilla opuesta, y descubrí, sentado en una roca, á un pobre cubierto de andrajos, sus cabellos sueltos caian sobre su frente, y su barba bajaba hasta su pecho, que tenia medio desnudo: su semblante, color de plomo, manifestaba que estaba enfermo, y que padecia bastante, léjos de

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

sorprenderme con este encuentro, me interesó bastante: por casualidad tenia yo algunas frutas que habia tomado de la mesa, y fuí al instante á ofrecérselas: el incógnito me miró con atencion y me dice: No tengo, hijo mio, necesidad de lo que me ofreceis, pero sí de conocer un bienhechor como vos. ¿Cómo os llamais? ¿quiénes son los padres tan felices, á quienes el Señor ha concedido un hijo tan caritativo? Soy Eliezer, le respondí, y el venerable Sadoc, Pontífice de Israel, es mi abuelo; mi madre se llama Raquel, mi padre Neftalí; y yo no hago más que obedecer sus preceptos.

Casi no habia concluido estas palabras, cuando este hombre se acerca á mí, me toma en sus brazos y me tiene mucho tiempo contra su pecho. Nada me decia; pero yo conocia, no obstante, que no podia contener sus lágrimas. No os admireis, me dijo despues, de la amistad que os he manifestado; debo la vida á Sadoc, y no puedo ver á su nieto sin esta conmocion, de que espero no os ofendais.

Dicho esto se sonrió, y conocí que su semblante habia mejorado: agarréle de la mano, y le dije: Seguidme, que os voy á llevar á donde está Sadoc: pues me recibe con mil caricias cuando llevo algun pobre. No, me dijo entón-

ces inclinando la vista: estoy por un crímen involuntario desterrado de Silo, y me perderia si volviese á él. Ved, pues, hijo mio, el secreto que os revelo, y la confianza que hago de vos; si lo descubris, diciendo á alguien que yo vivo oculto en esta montaña, y que me habeis hallado, vendrán á sacarme de aquí para padecer crueles tormentos.

Estas palabras me hicieron temblar; prometí no revelar el secreto, y volver á verlo: lo verifiqué al dia siguiente, y lo hallé que me esperaba en el mismo paraje del anterior. Contento de mi exactitud, y fijándose en mis promesas, me llevó á su habitacion, que no estaba distante; esta era una pequeña gruta oculta entre unas rocas, en donde no ví más que algunas ramas de dátiles; estos le servian de alimento, y de aquellas componia su cama. Ved mi casa, hijo mio, me dijo: creo muy bien que nada de cuanto hay en ella os llamará la atencion; pero no obstante esto, yo me tendria por muy dichoso en que viniereis algunas veces á verme. Esta mañana, desde el amanecer he recorrido la montaña, y á fuerza de trabajo he conseguido cojer vivas dos palamas torcaces; y ya que os gustan los pajaros vivos, voy á aplicarme á cojer algunos; pues el deseo de complaceros aumentará

mis fuerzas y destreza. Entónces me dió las dos palomas en una jaula de juncos; y estas fueron, madre mia, las primeras que os traje. Cuantos regalos os he hecho, todos eran de este desgraciado incógnito, que lleno de bondad y pensando en mí todo el tiempo que no me veia, ponia lazos para cojerme pajaritos, iba á buscar los mejores dátiles, y despues me esperaba para dármelos: generalmente lo encontraba á la puerta de su gruta sentado con el regalo ya dispuesto. El gusto que yo recibia con estos, echaba yo de ver que se pintaba al punto en su semblante. Me abrazaba, me ponia muy inmediato á él, algunas veces sobre sus rodillas; y cuando ya me habia mirado despacio, entablabamos conversacion; me hablaba de vos, de mi padre y de mi abuelo; se interesaba mucho en vuestra felicidad, haciéndome que le repitiese lo que yo os decia. Yo gustaba mucho de estas conversaciones, y me complacia en visitar á un amigo tan tierno y tan sincero; diciéndome á mí mismo: *Ya que soy el único en el mundo que puede consolar á este desgraciado, estoy en la obligacion de hacerlo.*

Hoy muy de mañana he ido á verlo porque le dejé ayer malo, y me llevé en un vaso sin que me viesen, una poca de leche, con la espe-

ranza de que esto lo aliviara; pero ¡ah, madre mia! desde ayer se ha agravado; lo he visto en cama; ha tomado la leche que le llevé; me ha apretado la mano; me ha dado las gracias; pero yo he notado que se esforzaba en ocultarme lo que padecia. No me he separado de él hasta ahora; y aun estaria acompañándole si no me hubiese ocurrido que vos podreis socorrerle ¡oh!.... venid.... venid, que puede ser que le prolongueis la vida con vuestros cuidados.

De este modo habla Eliezer á su madre, quien no puede habrazarle sin lágrimas de ternura. ¡Oh amable criatura! le dice: cuan sensible es tu corazon, y cuan bueno; pero cuan feliz soy yo de teneros por hijo. Sí voy á socorrerlo: no perdamos un momento.

Al instante se levanta, corre á su casa, adonde acaba de llegar Neftalí despues de haber estado buscando á su hijo: Raquel cuenta de prisa á su esposo lo que acaba de saber, y este llora tambien de enternecimiento y de alegría.

Neftalí quiere igualmente ser de la partida para socorrer al solitario, y se lleva aceite y vino. Raquel toma otras provisiones; y guiados por Eliezer, se dirigen hácia la montaña.

Eliezer acelera el paso; y cuando llegan to-

dos á la puerta de la caverna, pide á sus padres que se detengan: entra solo, y dice al solitario: Perdonad, amigo mio, perdonad que yo haya revelado vuestro secreto, con sola la idea de seros útil; no os alarmeis, mi querido amigo, de que conmigo vengam mis padres.

¡Qué decis, hijo mio? esclama el moribundo, incorporándose un poco. ¡Qué, es Neftalí!.... ¡es Raquel! ¡Podré yo abrasaros de nuevo ántes de morir!..... ¡Oh Dios de bondad! dame fuerzas....

Ai oir Neftalí estas palabras, y conocer esta voz, da un espantoso grito; reconociendo el acento de su hemano, entra precipitado en la caverna, y le abraza. El es: es Eliezer..... Raquel, que vuelve á ver á su primer esposo, muda, inmovil y cortada sostiene á Neftalí, cuya cabeza apoya en el pecho de su hermano moribundo. El niño, sorprendido, los mira y llora, y el desgraciado Eliezer, abrazando á Neftalí, da una mano á Raquel, y encarga al niño que no llore.

Luego que se tranquilizaron algo, quedaron los tres mirándose mutuamerte, sin poder hablarse; Eliezar es el primero, que esforzándo su voz casi apagada, habla de este modo: "Neftalí, el tiempo es corto, y así permitidme que

aproveche el último instante en que puedo hablaros. No perturbeis la santa alegría que tengo de volveros á ver. Procurad, pues, ¡oh único amigo mio! que Eliezer espire más feliz que ha vivido."

"El mismo dia de mi matrimonio os ví entregar á Raquel el velo que guardabais; esto solo basta para daros conocer que yo hice entónces lo que vos hubierais hecho."

"Tuve cuidado de dejar á la orilla del torrente mis vestiduras manchadas de barro para que no se dudase que habia muerto, y para que la misma ley fuese la que os mandase ser el marido de mi viuda, diciéndome á mí mismo: *de este modo podia á lo ménos gozar de la mitad de la felicidad, con cuya esperanza me hallaba con nuevas fuerzas para vivir.*"

"Marché sin tener camino determinado, me alejé de Cannan, y fuí á las tierras de Emat, esperando olvidar á Raquel: pero ¡oh vanas esperanzas! pues ni sin mi hermano, ni sin Raquel podia vivir; hallándome solitario y abandonado como el racimo olvidado en la vid despues de su vendimia, despues de nueve años de desgracias, y de desgracias inútiles, que ni me acababan de dar la muerte ni me hacian olvidar lo que queria borrar de mi memoria, vin

á pesar mio, á Silo. Aquí vivia oculto de dia, y por la noche andaba errante en la cercanía de vuestra mansion; temblaba que me viseseis; pero al mismo tiempo hacia todos los esfuerzos imaginables para veros."

"Por fin, una tarde detras de una roca, frente á frente de la higuera silvestre, vi y conocí á mi hermano que llevaba de la mano á Raquel; á cuya vista tuve que agarrarme de la roca para no ir á donde estabais. Os ví ir, poneros de rodillas delante de un sepulcro de cesped, sobre cuya tumba llorabais, y aun oí que en medio de vuestro llanto nombrabais á Eliezer. ¡Ah hermano mio! ¡Ah esposa amada mia! este momento me subsanó de los nueve años que llevaba de penas. Uno y otro me aman, decia yo al veros, y así no me creia yo tan desgraciado."

"En el mismo instante resolví quedarme aquí, y para lograrlo busqué y encontré esta gruta. Los dátiles me han alimentado, y el torrente ha apagado mi sed: todas las tardes os veia, y así nada me faltaba: yo me echaba la culpa de las lágrimas que os hacia verter; pero al mismo tiempo me complacia viendooslas derramar; hubiera querido consolaros; pero entónces hubiera sido más digno de lastima."

"El cielo que siempre ha cuidado de mí, no tardó en proporcionarme una felicidad mayor, como fué la de encontrar á vuestro hijo; lo atraje con mis dones, mis cuidados y mi amistad.... ¡Oh qué momentos tan agradables he pasado con él! qué placer disfrutaba mi alma cuando teniéndolo en mis rodillas, y contemplándolo en el silencio, me decia á mi mismo: este es el hijo de Raquel y de Neftalí! en él viven reunidos mi esposa y mi hermano: lo estrechaba en mi seno, y pensaba que abrazaba á sus padres, que pagaba con las mias sus caricias, y me parecia que estaba en vuestro brazos."

"Esta felicidad fué tan pasagera como las horas de la mañana; pues ya concluye mi vida, voy á morir consolado, querido Neftalí; bendigamos los decretos del Señor. No estraño que en mi actual desfallecimiento el gusto de veros me la abrevie. Pero ¡ah! ¡que no pueda yo estrechar en mis brazos á mi viriuoso y buen padre! Vos le direis.... Sí, le direis..... Pero no, ocultadle que me habeis visto, y aun mi muerte, para que no llore de nuevo á un hijo que tantas lágrimas le ha costado. Acercate, Neftalí..... Acercate, Raquel; y tu tambien mi amado Eliezer. Unid vosotros, ¡oh

esposos felices! vuestras manos para que yo las aplique á mi corazon. ¡Ah! ya no palpita; pero no por eso deja de amaros..... Adios.... ya muero..... consolaos, sed dichosos sin olvidarme jamás."

FIN DEL CUARTO Y ULTIMO CANTO.

COLECCION GENERAL
G 808.8 MIS.1
0 5 2 7 0 2 6
BIBLIOTECA NACIONAL